

UNIDAD II

LA TEORÍA PSICOANALÍTICA

Lectura 1

Marx, M. H. y Hillix (1987) Sistemas y teorías Psicológicas Contemporáneos. México: Paidós. 238-279

Para profundizar en este tipo de contenidos consulte la obra:
Marx, M.H. y Hillix (1987) Sistemas y teorías Psicológicas Contemporáneos. México. Paidós.

El psicoanálisis es fundado por Sigmund Freud, estudiarás con Marx y Hillix (1987) una nueva forma de comprender aspectos interesantes y misteriosos sobre la existencia del hombre, temáticas correspondientes a las unidades mínimas de aprendizaje de la Unidad II sobre la Teoría Psicoanalítica

PSICOANÁLISIS

El psicoanálisis es el sistema psicológico más conocido, en especial entre los no psicólogos. Aunque durante mucho tiempo fue rechazado por algunos psicólogos académicos, ha alcanzado gran difusión e influencia en otras áreas científicas y técnicas, en los círculos literarios y en los medios legos. En los últimos años está interesando cada vez más a algunos de los grupos académicos que en un principio habían adoptado una posición recalcitrante.

El cuerpo de los escritos psicoanalíticos es enorme. Sólo las obras completas de Freud, en su traducción inglesa, abarcan 24 tomos. Debemos, por lo tanto, limitarnos a ofrecer una sinopsis del sistema.

El hecho de que todo examen del psicoanálisis adopte un tono crítico, no implica que niegue la contribución enorme de Freud y sus seguidores a la psicología. A pesar de todas las objeciones a su teoría, los psicólogos norteamericanos han consagrado a Freud como el teórico de la psicología más eminente de todos los tiempos (Coan y Zagana, 1962). El lector no debe olvidar esto cuando lea las críticas que se incluyen en este capítulo. Estas críticas no se han propuesto minimizar la contribución del psicoanálisis, sino simplemente indicar cuáles son las fallas que la teoría psicoanalítica deberá eliminar antes de poder ganar el consenso general de la comunidad científica.

ANTECEDENTES HISTÓRICOS DEL PSICOANÁLISIS

El psicoanálisis cayó sobre el mundo como una bomba. El impacto provocado por algunos de sus principios y conceptos fue tan grande, que para muchos resultó completamente nuevo. Sin embargo, también el psicoanálisis tuvo muchos antecedentes, obligándonos a reconocer, una vez más, que difícilmente haya algo completamente nuevo en el mundo de las ideas.

En el desarrollo del psicoanálisis hubo dos clases de influencias. Por una parte, una tradición intelectual en la que se puede colocar a Freud, como lo sugirió Bakan (1958), y por la otra un conjunto de influencias personales más directas. Consideremos el primer tipo.

A comienzos del siglo XVIII, Leibniz elaboró una teoría sobre los elementos de la realidad, de una clase diferente de la mayor parte de las teorías previas.

Denominó *mónadas* a sus elementos, muy diferentes de los átomos mecanicistas de Demócrito. Ni siquiera eran elementos materiales en el sentido usual del término; eran más bien centros de energía. Cada uno de esos centros era independiente de los otros, y tenía en sí una fuente de impulsos; podía considerarse la mónada como un centro de motivación, una entidad automoviente. La actividad es la condición básica para ser. Freud dio un paso decisivo en su carrera cuando abandonó la tradición mecanicista en la que se había formado y adoptó la tradición más dinámica representada por Leibniz.

Leibniz también señaló el inconsciente y los grados de conciencia. Un siglo después, Herbart retomó algunas de las ideas leibnizianas y elaboró una matemática del conflicto que se produce entre las ideas cuando pugnan por hacerse conscientes. De modo que no fue Freud el primero en "descubrir" el inconsciente; su contribución fue caracterizar detalladamente el inconsciente y su modo de funcionar. Freud (1938, pág. 939). también reconoció que Schopenhauer había formulado antes que él la idea de represión en el inconsciente y la de resistencia contra el reconocimiento del material reprimido; sin embargo, aclaró que por su parte había desarrollado las mismas ideas sin haber leído a Schopenhauer.

Freud asistió a las conferencias de Franz Brentano, por esa época muy popular como conferenciante en Viena. Indudablemente, Brentano le introdujo en el modo de pensamiento leibniziano, porque él mismo basaba sus propias ideas psicológicas en *la actividad* más que en los elementos.

La tradición científica romántica alemana desempeñó un papel algo más directo. Dos de las figuras más importantes de esta tradición fueron Schelling y Goethe. Freud contaba que se había decidido por una carrera científica después de escuchar un poema de Goethe titulado "Naturaleza". Jones (1953) sugiere que Freud encontró el camino para su propia afirmación en una comprensión muy profunda de la naturaleza.

La preparación formal de Freud lo situó en otra tradición completamente distinta: la escuela de Helmholtz, más mecanicista. En lo que hace a Freud, el representante directo de esta escuela fue Ernst Brücke, con quien aquél mantuvo una estrecha y duradera relación en el Instituto Fisiológico de Viena. Cuando Brücke, Ludwig y Du Bois-Reymond tenían veinte años, habían concertado un pacto antivitalista con Helmholtz (Boring, 1950, pág. 708). Intentaban imponer la noción de que en los cuerpos vivientes no hay otras fuerzas que las que pueden encontrarse en los no vivientes. Parte de la motivación que llevó a Helmholtz a escribir su primer trabajo sobre el principio de conservación de la energía fue el deseo de mostrar que en el

organismo —considerado como un sistema físico— no hay una energía diferente e inexplicada. Quizás el contacto de Freud con esa tradición contribuyó a su posterior afirmación de que los sueños y fantasías, el ingenio y los errores de los seres humanos están determinados, y a que formulara su propia versión sobre la determinación de la conducta humana: el *determinismo psíquico*. Es posible que cierto grado de familiaridad con el concepto de Helmholtz sobre la "inferencia inconsciente", empleado para describir cómo llegamos a conclusiones respecto de la percepción en ausencia de procesos cognitivos identificables, puede haber servido para señalar a Freud, de un modo más directo, la importancia de los procesos inconscientes.

Sin duda, la tesis evolucionista de Charles Darwin reforzó el determinismo de Freud, quien la leyó y discutió con sus compañeros del instituto y del hospital donde estudió durante su carrera médica. Planteó una perspectiva biológica del hombre, de acuerdo con el punto de vista de Darwin, y muchas de sus ideas surgieron directamente de la teoría evolucionista. Un ejemplo es el instinto de muerte, que según él depende de especulaciones sobre los orígenes de la vida. Seguramente las ideas de Freud sobre la importancia casi exclusiva de los motivos sexuales no puede haber sido independiente del pensamiento evolucionista, para el cual la reproducción es, forzosamente, el tema central.

Hughlings Jackson combinó una perspectiva fisiológica con una evolutiva en su influencia sobre Freud, pues concebía la noción de que el sistema nervioso alcanza, a través del desarrollo evolutivo, una estructura jerárquica en la cual las estructuras superiores son más complejas pero están determinadas de manera menos completa. Las precisas interconexiones de las estructuras superiores se desarrollan luego durante la vida del individuo. En las enfermedades nerviosas se produce, según Jackson, un proceso que él denominó *disolución* y que es, aproximadamente, lo opuesto al desarrollo evolutivo. Freud, a su vez, al parecer modeló su idea de la regresión siguiendo los lineamientos de la disolución de Jackson (Herrnstein y Boring, 1965, pág. 248).

Influyeron sobre Freud, entonces, dos tradiciones algo antagónicas, a las que podemos llamar romántica y mecanicista. El fondo religioso judío de Freud que incluía muchos componentes místicos, fortaleció el aspecto romántico y místico. Los escritos judíos atribuían también un significado místico al sexo. Bakan (1958) ha documentado esta influencia.

Un hombre, Gustav Fechner, parece haber compartido el conflicto mecanicista-romántico de Freud y haberlo resuelto finalmente adoptando una rigurosa posición científica ante un problema esencialmente místico y

romántico: el de las relaciones mente-cuerpo. Tal parece que la clase de talento más característica de la psicología ha sido exactamente de este tipo. Entre otros que han "naturalizado" alguna clase de fenómenos, hasta entonces místicos, podemos mencionar a Darwin (selección natural y evolución), Ebbinghaus (memoria), Pavlov (asociaciones de conducta) y Skinner (conducta "supersticiosa"). Ellenberger (1956), entre otros, ha mostrado con cierto detalle que hubo una relación directa entre Freud y Fechner. Freud confesaba su admiración hacia Fechner, y estaba familiarizado con sus escritos. El interés de Freud por la intensidad de la estimulación, la energía mental y el concepto topográfico de la mente se relaciona con el trabajo previo de Fechner.

LA VIDA DE SIGMUND FREUD

Los psicólogos, casi universalmente, consideran a Freud (1856-1939) un gigante, aunque para algunos haya sido un gigante equivocado. Por esa razón, y a causa de que su sistema se basaba en gran parte en la observación de sí mismo su vida merece un examen más detenido que el que hemos dedicado a la mayoría de nuestros "fundadores".

Freud nació en lo que actualmente es Pribor (Checoslovaquia), el 6 de mayo de 1856. Su padre, Jakob, trabajaba por entonces en el negocio de teñir y aprestar tejidos de lana; no existe ninguna constancia directa de lo que hizo para mantener a su familia después, cuando se mudaron a Viena, vía Leipzig. En ese tiempo, Pribor se llamaba Freiberg y pertenecía a Austria; la familia se estableció en Viena cuando el pequeño Sigmund tenía cuatro años.

Pronto resultó evidente que Sigmund poseía una gran capacidad para el estudio. A su tiempo, se decidió por la medicina, aunque no le gustaba su práctica y nunca se identificó con la profesión. Posponía sus exámenes, mientras se dedicaba por entero a trabajar con Brücke en problemas puramente científicos y por lo tanto más acordes con su temperamento. Más que médico, aspiraba a ser profesor de anatomía. Finalmente abandonó sus esperanzas de una carrera académica, dio sus exámenes de medicina y se preparó en un hospital para poder dedicarse a la práctica privada. Es posible que su condición de judío le haya impedido seguir adelante, pero evidentemente hubo otro factor: como académico, hubiera demorado mucho tiempo en hacerse una posición.

Ya antes de dar sus exámenes para el doctorado en medicina, Freud se interesó especialmente en neurología y psiquiatría. El hospital reforzó esa

inclinación. A partir de 1880 osciló entre el estudio de la anatomía del sistema nervioso y el de la psiquiatría. Publicó muchos artículos sobre anatomía; entre ellos, un nuevo método para teñir el tejido nervioso, y un escrito que contenía el germen de la teoría de la neurona. En una época le interesó la cocaína, y sugirió su eficacia a uno de sus colegas, quien a su vez descubrió sus propiedades anestésicas. Freud se sintió profundamente desilusionado pues había perdido la oportunidad de hacer este descubrimiento y alcanzar la fama que lo acompañaba. Freud parecía más interesado en su potencia tranquilizante, y recomendó utilizarla a sus amigos. Uno de éstos sustituyó una adicción previa por la adicción a la cocaína, y la actitud algo imprudente de Freud le valió reprimendas de sus colegas, que sospechaban los peligros de la droga.

Durante la década de 1870 y comienzos de la de 1890, Freud estuvo bajo la protección de otro médico: Josef Breuer. Breuer dio dinero a su empobrecido colega, además de consejo y amistad. Estos últimos aspectos de la relación se diluyeron cuando Freud inició su íntima amistad con Wilhelm Fliess, también médico. Con él mantuvo Freud una relación inusitadamente estrecha, por los años en que comenzaba a formular sus nociones sobre psicoanálisis.

En 1885 Freud obtuvo una beca para estudiar en París. Estudió con Charcot, un famoso hipnotizador, maestro y autoridad en cuestiones de histeria. Freud estaba ya algo interesado en la hipnosis como método de tratamiento, y Charcot fortaleció ese interés. De vuelta a Viena, informó a sus colegas de lo que había visto y aprendido sobre la histeria y la hipnosis. Su informe no fue recibido como una revelación por la Asociación Médica de Viena, y el joven pionero se sintió amargado. Sin embargo, Ellenberger (1970, págs. 448 y sigs.) no encuentra prueba alguna de que Freud haya sido rechazado o aislado y considera probable que por aquella época sus sentimientos hayan sido algo neuróticos.

El joven Freud siguió empleando la hipnosis en sus prácticas, como complemento de los masajes, los baños y la electroterapia moderada, de moda por entonces. Posteriormente abandonó esta última, aclarando que la única razón por la que no estaba de acuerdo con quienes atribuían sus efectos a la sugestión era que no observaba ningún resultado que explicar. Esta suerte de aceptación irónica de la realidad era típica del enfoque de Freud respecto de la vida y de sí mismo.

Hacia 1895, había perdido el interés por la anatomía. Junto con Breuer publicó los *Estudios sobre la histeria*, obra que marcó el comienzo de la escuela psicoanalítica. No escribió ya artículos o libros sobre neurología, a excepción de un artículo para una enciclopedia, en 1897.

Hacia esa época, también, Freud se apartó de Breuer; Fliess pasó a ser su mentor, a pesar de que era dos años menor que él, e inferior intelectualmente.

Para profundizar en este tipo de contenidos consulte la obra:
Marx, M.H. y Hillix (1987) *Sistemas y teorías Psicológicas Contemporáneas*. México. Paidós.

Freud dependió mucho de Fliess durante este período de su vida, el más neurótico; era excesivamente dependiente, celoso, a veces dominador, excesivamente preocupado por la muerte, e hipocondríaco; esto último nunca llegó a superarlo por completo.

En 1897, Freud comenzó un autoanálisis en gran escala. Gracias a él pudo, entre otras cosas, empezar a pararse sobre sus propios pies. Fliess y Freud tuvieron un entredicho en 1900, quizás a propósito de algunas ideas muy especulativas del primero, sobre la periodicidad de la conducta. Posteriormente, Freud atribuyó su alejamiento a un análisis que hiciera él de la elección vocacional de Fliess. La separación final sobrevino varios años después: Freud había sido indirectamente responsable de que uno de sus propios pacientes plagiera las ideas de Fliess sobre la bisexualidad, y se negó primero a reconocer cualquier responsabilidad y luego a disculparse.

Quizás el hito más importante en la carrera de Freud haya sido la publicación de *La interpretación de los sueños*, en 1900, dos años después de la muerte de su padre. Según Jones (1953, pág. 324), y según la propia interpretación de Freud, la necesaria liberación del inconsciente sólo puede ocurrir una vez que el padre se ha ido. Poco después de esa publicación comenzó a ser reconocido, y pronto reunió en su torno a un grupo de colaboradores. Su papel comenzó a ser el de padre, no ya el de hijo. Jung, Adler, Rank y Ferenczi fueron primero discípulos y luego rebeldes. La rebelión comenzaba por lo general con diversas dificultades en la interacción personal, y el joven grupo de psicoanalistas no toleraba el desacuerdo entre sus filas. En determinado momento se formó un comité de los fieles compuesto por Abraham, Eitingon, Ferenczi, Rank, Jones y Sachs. Su misión consistía en promover el trabajo analítico.

Por mediación del comité y de un cuerpo de publicaciones cada vez mayor, Freud alcanzó el éxito y fue ampliamente conocido. Uno de los primeros indicios de reconocimiento internacional fue la invitación que le formuló G. Stanley Hall para hablar en la Universidad de Clark durante las celebraciones de su vigésimo aniversario en 1909. Además de Freud, habló también Jung; entre los analistas presentes figuraban Ferenczi, Jones y Brill, en tanto que Titchener, Cattell y James se encontraban entre los famosos psicólogos académicos que también asistieron. Por esa época, James Putnam, profesor de neurología en la Universidad de Harvard, se convirtió en un firme partidario del psicoanálisis.

Jung regresó más tarde a los Estados Unidos, para dar nuevas conferencias, e informó luego que la aceptación de la doctrina analítica era más fácil

si no se insistía tanto en el sexo. Esto ahondó la brecha ya existente entre Jung y Freud. Resulta imposible resumir con exactitud las razones que provocaron la ruptura final entre estos dos gigantes del movimiento psicoanalítico. Afortunadamente, ahora se ha publicado su correspondencia y quienes estén interesados en este tema fascinante pueden observar cómo se produce la defeción de Jung prácticamente ante sus propios ojos (véase McGuire, 1974).

El reconocimiento y el éxito de Freud continuaron en aumento, pero sus problemas estaban lejos de haber sido superados. Tuvo que hacer frente a discusiones casi continuas en las filas analíticas y que mantener a su esposa, sus seis hijos y una cuñada, además de él mismo. La Primera Guerra Mundial trajo privaciones y angustias, pues sus hijos Martin y Ernst fueron llamados al frente. Pero Freud siguió trabajando y su fama creció. Cuando concluyó la guerra, atrajo a muchos estudiosos ingleses y norteamericanos que le ayudaron a subsistir cuando la moneda austríaca se desvalorizó. Continuó ampliando y modificando sus teorías, y regulando la rápida expansión del psicoanálisis. Uno de los recursos utilizados para ese control fue su voluminosa correspondencia, en la que amonestaba y felicitaba a sus seguidores.

En el fatídico año 1923 se descubrió un cáncer en la boca de Freud; es muy probable que tuviera relación con los veinte cigarrillos que fumaba por día. Hubo que eliminar partes del paladar y de la mandíbula superior, e instalar una prótesis para separar la boca de la cavidad nasal, para que así pudiera comer y hablar. Freud aceptó la serie de operaciones y el dolor casi continuo que acompañó sus últimos dieciséis años de vida, con su característica mezcla de realismo, pesimismo y fatalismo.

Finalmente, 1938 trajo la temida invasión nazi a Austria. El propio Hitler realizó una visita triunfal a la ciudad. Los libros de Freud fueron quemados y sus hijos arrestados e interrogados por la Gestapo. Sin embargo, Freud no quiso dejar su casa de Berggasse 19, el lugar donde había creado, fundado y nutrido el psicoanálisis. Ernest Jones y la princesa Marie Bonaparte, ambos queridos amigos suyos, lisonjearon y suplicaron, con Freud en una mano y los nazis en la otra, y consiguieron el apoyo de muchos, entre ellos, el del embajador de Estados Unidos, Bullitt. Por último, ambas partes se convencieron y los nazis dejaron libre a Freud, después de despojarlo de todo aquello a lo que pudieron echarle el guante. Se le exigió que firmara un documento absolviendo a los nazis de toda culpa y declarando que era totalmente libre de quedarse y pro-seguir con su trabajo. Lo único que pidió a cambio fue agregar una frase; se dice que escribió: "Y de todo corazón puedo recomendar a la Gestapo". ¡Nunca renunció a la ironía, ni con los años ni con las adversidades!

En Inglaterra lo recibieron como a un héroe y no tardó en ser admitido como

miembro de la Royal Society, entidad a la que habían pertenecido Newton y Darwin. Los norteamericanos pueden sentirse orgullosos del hecho de que prominentes ciudadanos de Cleveland le enviaron un telegrama de cuatro páginas para invitarlo a radicarse allí, formulándole toda suerte de promesas si así lo hacía. No es probable que Freud haya tomado en serio esta clase de oferta. Tenía un viejo prejuicio contra Estados Unidos, a pesar del intenso placer que su visita a la Universidad de Clark le había provocado. Lamentablemente, en aquella oportunidad lo aquejó una enfermedad que atribuyó a la comida y el alojamiento; por otra parte, nunca se sintió cómodo con el lenguaje y los modales de los norteamericanos.

A poco de llegar a Inglaterra, su cáncer se volvió a manifestar, por lo que tuvo que reemprender la serie de operaciones y tratamientos. A pesar del dolor y la incomodidad casi continuos, trabajó prácticamente hasta el final y murió en paz y con honor el 23 de setiembre de 1939. No llegó así a saber que cuatro de sus hermanas, que habían quedado en Austria, serían asesinadas por los nazis.

SURGIMIENTO DEL PSICOANÁLISIS

El germen del psicoanálisis apareció en un trabajo de Breuer y Freud, publicado en 1895: *Estudios sobre la histeria*. Freud conoció a Breuer, mayor que él, a fines de la década de 1870, y ambos compartieron un fuerte interés científico. Los dos se interesaban por el hipnotismo como recurso terapéutico. Breuer trató un caso interesante, el de Anna O., hasta 1882, y se lo comentó a Freud. La muchacha, muy inteligente, había consultado a Breuer debido a sus múltiples síntomas, que incluían la parálisis de tres miembros, contracciones y tendencias a una doble personalidad. En el curso del tratamiento, Breuer descubrió que si su paciente le relataba el origen de un síntoma mientras sufría una especie de estado de transición entre las dos personalidades, el síntoma podía desaparecer. Breuer comenzó entonces a hipnotizarla diariamente, para que pudiera librarse de los síntomas más rápidamente. La paciente bautizó "cura de conversación" o "deshollinado" el método que habían descubierto. Por esa época, la idea de la catarsis estaba ya en el aire en Viena (Ellenberger, 1972), y es muy posible que Anna O. y Breuer hayan trasladado esa idea del teatro al consultorio. Durante un año, Breuer dedicó más de una hora diaria a escuchar a esta paciente. Según una leyenda, que, originada en Freud y Jung, se conoció a través de Jones, ambos llegaron a tenerse un extraordinario cariño, y cuando Breuer debió terminar el tratamiento, Anna O. sufrió

los dolores de un parto histérico, a consecuencia de lo cual Breuer huyó, llevando a la que por entonces era su celosísima esposa a una segunda luna de miel, en cuyo transcurso fue concebida, pero esta vez de verdad, una de sus hijas.

Ellenberger (1972) ha señalado que, luna de miel o no mediante, la mayor parte de la leyenda es pura invención. La cronología documentada demuestra que ninguna de las hijas de Breuer fue concebida en aquella época. Y lo que es más importante, Anna O. distaba mucho de estar curada cuando Breuer suspendió el tratamiento, como se informa en una historia clínica desconocida antes y que Ellenberger descubrió recientemente en un sanatorio de Kreuzlingen, Suiza, donde Anna O. recibió tratamiento después de que Breuer dejó de verla. Este hecho arroja sombras sobre los orígenes más remotos del psicoanálisis, por cuanto se había considerado a Anna O. como el prototipo de una "cura" catártica.

Anna O., cuyo verdadero nombre era Bertha Pappenheim, posteriormente llegó a ser tan conocida que Alemania emitió un sello postal conmemorativo en reconocimiento por su labor en favor de los niños, las prostitutas y las entidades de beneficencia judías. Incluso, Lucy Freeman (1972) ha escrito, en idioma inglés, una biografía algo novelada. Por lo tanto, aunque Breuer no la curó del todo, mejoró después lo suficiente como para llevar una vida digna de ser destacada.

Freud se interesó mucho en este caso, y urgió a Breuer a publicarlo. Sin embargo, los *Estudios* (1895) completos aparecieron 13 años después de cerrado el caso (por Breuer), e incluso un informe preliminar llevó 11 años.

Mientras tanto, en 1885, Freud pasó medio año con Charcot. Este era famoso por su tratamiento hipnótico de la histeria y de otras enfermedades nerviosas funcionales. Después de varios meses, Freud regresó a Viena y reasumió la práctica privada. Por esta época abandonó la electroterapia. También observó que no todos sus pacientes podían ser hipnotizados, y juzgando quizás que su técnica era deficiente, fue a estudiar a Nancy con Bernheim durante unas pocas semanas. Llevó consigo a un paciente en el que no había podido inducir un trance profundo, pero también Bernheim fracasó. Sin embargo, a Freud le impresionó la posibilidad de las sugerencias posthipnóticas, que los sujetos no recordaban en el momento; probablemente también le impresionó el hecho de que el paciente pudiera recordar la sugestión si el hipnotizador insistía lo suficiente.

Freud comenzó entonces a modificar su técnica en los casos en que no era posible inducir la hipnosis. Estaba determinado a salvar la cura de charla; insistía en que el paciente recordara el origen de los síntomas aun sin hipnosis, y

Para profundizar en este tipo de contenidos consulte la obra:
Marx, M.H. y Hillix (1987) *Sistemas y teorías Psicológicas Contemporáneas*. México. Paidós.

reforzaba esa insistencia sugiriendo que el paciente lo recordaría cuando Freud presionara su frente. En esta etapa, Freud orientaba mucho los procesos de asociación de sus pacientes. Uno de ellos le dijo que estaba interrumpiendo demasiado y que debiera quedarse callado. Esta sugerencia fue lo que llevó a Freud a reemplazar el trance hipnótico por la asociación libre como método de tratamiento.

Hacia la época en que aparecieron los *Estudios*, Breuer y Freud poseían ya muchas de las ideas que habrían de proporcionar la base para el psicoanálisis; muchas de ellas provenían de las observaciones de Breuer en el caso de Anna O.; otras, de las observaciones de Freud sobre pacientes histéricos. La primera de esas ideas se refería a la importancia de los procesos inconscientes en la etiología de las neurosis. Esta convicción se apoyaba parcialmente en la observación de que los síntomas parecían a menudo expresiones de sucesos que el paciente no podía recordar, o de impulsos de los que no era consciente. La influencia de las sugerencias posthipnóticas, que el sujeto no recordaba por el momento, puede haber contribuido también a la misma convicción.

Por esta época, Freud estaba convencido de que el sexo desempeñaba un papel predominante en los trastornos psíquicos del neurótico. Breuer no compartía la certidumbre de Freud en este punto, y evidentemente el tema no se trató, en la publicación conjunta, con la extensión que hubiera satisfecho a este último. Al parecer, Charcot había señalado en algún momento que existía un cierto tipo de caso cuya base era siempre sexual. Freud afirmaba también que Breuer y un ginecólogo llamado Chrobak habían hecho observaciones similares sobre los desórdenes nerviosos. El mismo Freud observó que la mayoría de sus pacientes histéricas informaban sobre experiencias sexuales traumáticas —a menudo con miembros de sus propias familias— en su niñez. Concluyó que en una vida sexual normal no era posible una neurosis.

También hacia esta época Freud reconocía la importancia del simbolismo. Los síntomas parecían ser representaciones distorsionadas, pero simbólicas, de sucesos o conflictos reprimidos. En el caso de Anna O., la relación simbólica entre el origen del síntoma y el síntoma mismo se hizo clara para la paciente y para Breuer, cuando aquélla pudo recordar el origen de un síntoma particular. De modo que los síntomas no eran arbitrarios.

En todos los casos, la situación en que se originaba el síntoma había implicado fuertes tendencias a hacer algo, a las que se habían opuesto otras fuerzas que impidieron a la muchacha llevar a cabo su deseo. Por ejemplo, quizás hubiera querido llorar en presencia de su padre, debido a su pesar a

causa de la enfermedad de éste; sin embargo, había sido incapaz de hacerlo por temor a que él se preocupara por su salud. El impulso reprimido se manifestaría entonces en forma simbólica, como una incapacidad para ver. La existencia de tendencias contradictorias es un testimonio de la importancia del conflicto en la creación de síntomas y en la producción de las neurosis en general.

De lo dicho se desprende que la aceptación del inconsciente se entretreje con la noción de represión en el inconsciente; los impulsos y recuerdos indeseables son empujados al inconsciente, se olvidan y en circunstancias ordinarias no están disponibles como material consciente. El paciente sólo puede curarse mediante la recuperación y elaboración de lo reprimido (*abreacción*).

En su búsqueda de los orígenes de los síntomas, del material reprimido representado por los síntomas, Freud se vio obligado a retroceder cada vez más en la vida del paciente y, paralelamente, a reconocer la importancia de las experiencias infantiles en la producción de las neurosis. Muchas de esas experiencias infantiles eran sexuales; en la histeria particularmente, Freud encontró informes sobre experiencias sexuales tempranas. Sin embargo, creía que esas experiencias no adquirirían fuerza traumática antes de que el paciente alcanzara la pubertad. Todavía no había llegado a sus planteos ulteriores sobre la génesis temprana de la sexualidad en la infancia.

El último descubrimiento, y posiblemente el más importante, fue la relación de transferencia. Hemos dicho ya que Breuer cobró afecto por su paciente (contratransferencia); también ella lo cobró por él. Aparentemente, el paciente transfería a su terapeuta los sentimientos que antes había experimentado hacia otra gente, en especial sus padres. En algunas etapas de la relación terapéutica esos sentimientos podían adoptar un signo fuertemente positivo, incluso sexual; más adelante, podían ser muy negativos. En cualquiera de los dos casos podía vivir, resolver los impulsos que hasta entonces no había podido expresar. La transferencia resultaba entonces una de las herramientas más útiles del terapeuta.

Por otra parte, la transferencia podía llegar a hacer estremecer el corazón de un tímido. Probablemente, la ansiedad de Breuer ante la transferencia que había producido en Anna O. lo llevó a abandonar el campo que estaba comenzando a abrir con Freud. Existía, además, la controversia con respecto a la importancia atribuida a la sexualidad; como Breuer no podía decidir si realmente la sexualidad era importante o no, eligió dejar el psicoanálisis a Freud.

EL SISTEMA DE FREUD

Saltearemos ahora las fases del desarrollo para presentar un resumen muy

sintético del sistema freudiano en su forma final. Debemos distinguir entre la estructura de las construcciones que desarrolló —que es lo que nos interesa primordialmente— y las técnicas psicoanalíticas enfocadas como terapia o como fuente de datos empíricos. Estas facetas del psicoanálisis deben evaluarse por separado; gran parte de la confusión respecto de la crítica al psicoanálisis proviene de no separarlas. Por ejemplo, las críticas metodológicas al sistema no se aplican necesariamente a la terapia, y a la inversa, los resultados positivos de la terapia no avalan necesariamente el sistema.

Debe tenerse en cuenta que Freud no desarrolló súbitamente sus ideas; ni tampoco continuó adheriendo a una idea cuando ésta parecía contradecir las pruebas recogidas por él mismo en su trabajo. Por ejemplo, hubo una profunda modificación en su posición sobre la histeria, cuando descubrió que en muchos casos los incidentes sexuales traumáticos relatados por sus pacientes no habían ocurrido; en cambio había resistido todos los intentos de sus colegas por hacerle cambiar de posición. R.I. Watson dice de este incidente:

Poco después de comunicar este trabajo comenzó a comprender la horrible verdad: estas seducciones sufridas en la infancia en la mayoría de los casos —si bien no en todos— no se habían producido en realidad.

Un hombre inferior podría haber ocultado su error y tratado de olvidarlo. Un individuo menos sagaz desde el punto de vista clínico podría haber confesado "valientemente" su error para dedicarse luego a otro asunto más provechoso. Freud no hizo ni lo uno ni lo otro.. .

¿Acaso el hecho real de que sus fantasías cobraran la forma de manifestaciones de tipo sexual, no atestiguaba que había un matiz o una base sexual en sus pensamientos y, por lo tanto, no estaba él dando la debida importancia a la base sexual de sus dificultades, aun cuando las situaciones que habían descrito en realidad no se habían producido nunca? A pesar del revés momentáneo, este "error" llegaría a ser considerado un avance (1968, pág. 467).

Como investigador científico, fue extremadamente insensible a la crítica exterior; pero fue sensible a la autocrítica, y por lo tanto su sistema resultó flexible. Rara vez presentó sus teorías como verdades; más bien las presentaba como conclusiones de ensayo, aparentemente apoyadas por sus datos clínicos. Su resistencia a las críticas externas y su opinión de que sus nocio-

nes no necesitaban apoyo experimental han sido en gran parte responsables de su reputación de dogmático y confiado en exceso.

Tenía una actitud sorprendente hacia la realidad de sus concepciones. Cuando cobraba conciencia de lo que era metodológicamente correcto, admitía que esas concepciones eran ficciones convenientes, inventadas con fines explicativos; pero su actitud usual era que se estaba ocupando de cosas reales. Por ejemplo, una vez utilizó la afirmación de Janet de que el inconsciente era una manera de hablar, como ejemplo del bajo nivel de comprensión de Janet (Jones, 1957, pág. 214). Parece ser que Freud consideraba realmente el inconsciente como un país que él exploraba, más que como un sistema que construía. Tal vez sus antecedentes en el campo de la neurología favorecieron la creencia de que estaba trabajando con estructuras *reales*.

El aparato psíquico

Como ya hemos visto, Freud creía haber encontrado dos "estados" o "provincias" en el "país": lo consciente y lo inconsciente. Diferentes tipos de le-yes determinan lo que ocurre en esos dos estados: Lo inconsciente opera de acuerdo con lo que Freud denominó *proceso primario*; lo consciente de acuerdo con el *proceso secundario*. La lógica ordinaria se aplica a este último pero no al primero; los mecanismos que pueden observarse en los sueños caracterizan la acción del proceso primario. Algunos de esos mecanismos son la *condensación* de varios pensamientos en un único símbolo, el *desplazamiento* de un impulso o afecto de un símbolo a otro, la característica *atemporal* de los sueños, la *conversión* de un impulso en su opuesto, etcétera. La ilogicidad del sueño es una característica de todo el proceso primario.

Una parte de la energía para el aparato mental se denomina *libido*; su fuente está en las tensiones biológicas, de las cuales la más importante para la economía mental es ciertamente la sexual. La mayor parte de la energía sexual deriva de las zonas erógenas, áreas corporales especialmente sensibles a la estimulación. El *ello* es el principal reservorio de esta energía, y siendo inconsciente, opera de acuerdo con el proceso primario. Los diversos instintos que residen en el *ello* presionan hacia la descarga de su energía libidinal. Cada instinto, por lo tanto, tiene una *fuentes* en las tensiones biológicas, una *finalidad* de descargarse en alguna actividad, y un *objeto* que servirá para facilitar la descarga.

El *ello* opera de acuerdo con el *principio del placer*. En general, lo placentero se define por la eliminación de la tensión, aunque no siempre resulta claro si lo que produce placer es la eliminación de toda tensión o el mantenimiento de un

Para profundizar en este tipo de contenidos consulte la obra:
Marx, M.H. y Hillix (1987) *Sistemas y teorías Psicológicas Contemporáneas*. México. Paidós.

nivel de tensión constante. El abandono de un nivel bajo de tensión, o cualquier elevación de la tensión, resultan displacenteros. Debe recordarse que el ello opera *sólo* de acuerdo con el principio de placer; por ejemplo, no distingue entre la satisfacción alucinatoria de una necesidad alimentaria, y su satisfacción real. Sin embargo, la tensión no se reduce más que a través de un contacto con objetos realmente adecuados.

En función de esto último se desarrolla otra estructura psíquica que complementa al ello. Se la denomina *yo*. Opera de acuerdo con las leyes del proceso secundario y, por estar en contacto con la realidad, de acuerdo con el *principio de realidad*; es decir, se trata de un agente evaluador que selecciona inteligentemente la línea de conducta que reduce el dolor al mínimo, mientras permite un placer máximo. El yo sigue estando al servicio del placer a través del principio de realidad, pero a veces deja momentáneamente de lado la gratificación directa de las necesidades para que la gratificación general sea mayor.

Como resultado del contacto con las realidades culturales, encarnadas fundamentalmente en los padres, se desarrolla un tercer agente mental. Este funciona como supresor de la actividad placentera, al igual que en algún momento lo hicieron los agentes externos. Tiene dos subsistemas, una conciencia moral que castiga y un ideal del yo que premia la conducta. La conciencia moral induce sentimientos de culpa; el ideal del yo, sentimientos de orgullo. El *superyó* es distinto del yo (que sirve al principio del placer y solamente pospone la gratificación), ya que intenta detener por completo ciertas actividades placenteras. La actividad del superyó es en gran parte inconsciente, y por lo tanto sigue sobre todo las leyes del proceso primario.

Freud llegó a la conclusión de que los instintos activos en el aparato psíquico podían dividirse en dos grupos: los instintos de vida y los instintos destructivos. A estos últimos se los denomina más comúnmente instintos de muerte, ya que su finalidad es la muerte del individuo. Freud consideraba que los instintos son conservadores; es decir, procuran un retorno a un estado previo. Así explicaba la *compulsión de repetición* que se manifiesta en algunas conductas. Como la materia viviente proviene de la materia muerta, el estado previo es en última instancia un estado de completa quietud, de muerte. Los instintos de muerte buscan la desintegración del individuo, mientras que los instintos de vida tienden a una continua integración. El instinto de muerte es dentro de la teoría de Freud lo que menos aceptan otros analistas; muchos artículos aparecidos en publicaciones analíticas son desfavorables a esta concepción freudiana

(Jones, 1957, pág. 276). Los instintos de vida y de muerte ofrecían a Freud la ventaja de una polaridad, un par de elementos opuestos y en conflicto. Jones (1957, pág. 422) señala la afición de Freud por el modo dualista de pensamiento, con preferencia a las concepciones monistas o pluralistas.

Freud llamó *libido* a la energía puesta al servicio de los instintos de vida; no propuso ningún nombre especial para la energía que activa los instintos de muerte. A medida que el individuo desarrolla su yo, la energía psíquica disponible va quedando cada vez más bajo el dominio del yo, abandonando al ello que originalmente la dirige. El yo liga la energía a las representaciones psíquicas de los objetos externos; a esa ligazón se la llama *catexia*. El tipo de objeto caracterizado depende del instinto que tenga energía disponible; la distribución de la energía en los instintos es flexible. En la versión original de la teoría analítica, se suponía que la distribución se modificaba gradualmente, de modo que cada vez había más energía disponible para los instintos de autoconservación del yo, y menos para los instintos sexuales del ello. Según esta versión, el conflicto básico se daba entre instintos de autoconservación e instintos sexuales, más que entre instintos de vida e instintos de muerte.

En el curso del desarrollo de un individuo, hay una etapa en que gran parte de la energía libidinal catectiza al progenitor del sexo opuesto; en el caso del varón, esto lleva al desarrollo del conflicto edípico. Como el Edipo mítico, el niño ama a su madre. También siente celos y resentimientos hacia su rival, el padre. Sus sentimientos sexuales se orientan hacia su madre, pero la expresión directa de los impulsos incestuosos está bloqueada. En esta época, los impulsos hacia la madre se reprimen en el inconsciente, con tanta fuerza que todos los impulsos sexuales entran en un período de latencia. Se manifiestan nuevamente en la pubertad, cuando el aumento de las tensiones sexuales es suficiente para trastornar la economía psíquica y permitir que los impulsos superen las fuerzas represivas. Freud veía en el conflicto edípico una contribución fundamental del psicoanálisis; uno de los presupuestos necesarios para su aceptación es que la sexualidad se desarrolla realmente en períodos muy tempranos de la vida.

El tratamiento de las neurosis

Consideremos ahora las implicaciones de la posición psicoanalítica en el tratamiento de los neuróticos. Al hacerlo, debemos tener en cuenta que estamos invirtiendo el proceso real: de hecho, la teoría surgió de la terapia y las observaciones que acompañaron a ésta, y no al revés como podría sugerir erróneamente nuestro examen.

Para profundizar en este tipo de contenidos consulte la obra:
Marx, M.H. y Hillix (1987) *Sistemas y teorías Psicológicas Contemporáneas*. México. Paidós.

En primer lugar, los métodos ordinarios de reunir información sobre la génesis de los síntomas no sirven. Hemos visto que los recuerdos e impulsos desagradables son reprimidos por el yo a requerimiento de la realidad o el superyó. No son conscientes. Ni siquiera están en la zona intermedia que Freud denominó *preconsciente*, donde la simple aplicación de un esfuerzo adecuado puede hacerlos conscientes. Todo intento por recordarlos tropezará con la *resistencia*; de modo que se requiere un método especial, tal como la hipnosis o la asociación libre. Puesto que los sueños están gobernados en medida considerable por el proceso primario, proporciona —si se los interpreta correctamente— un camino para el conocimiento del inconsciente. Ahora bien, para poder interpretarlos correctamente es necesario reconocer que la función de los sueños es la satisfacción de los deseos, como el ello no reconoce la diferencia entre la satisfacción alucinatoria de deseos y la real, las tensiones psíquicas existentes pueden buscar la descarga en los sueños. Para determinar el significado preciso del sueño —esto es, para descubrir los impulsos escondidos (latentes) que en él se expresan— se indica al paciente que diga lo que asocia con los elementos del sueño. De esta manera, los símbolos del sueño se pueden relacionar con sus significados, y el material reprimido puede acceder a la conciencia.

El análisis de la resistencia contra el recuerdo de los materiales reprimidos es entonces una de las tareas más difíciles e importantes del analista. Si la resistencia es demasiado fuerte, el paciente continúa rehusándose a reconocer la existencia del material reprimido aun cuando el analista pueda presentárselo verbalmente. El paciente sólo mejora cuando puede superar su resistencia interior y aceptar el análisis. Al superar su resistencia, pone sus impulsos bajo el control del yo, donde obedecen a las leyes del proceso secundario. En la medida en que se amplía el dominio del yo, éste se fortalece y el paciente logra el control racional de sus impulsos. No se puede librar de la regulación por el principio del placer, pero sí obtener gratificación más completa una vez que se logra que los impulsos también se ajusten al principio de realidad.

La superación de la resistencia es posible, por lo menos en algunos casos, gracias a que una considerable porción de la energía libidinal se transfiere al terapeuta. Este dispone entonces de esa energía para oponer una contrafuerza a la resistencia. A su vez, la transferencia misma se transforma en objeto de análisis, y debe ser superada para que el paciente se independice y pueda decirse que está curado.

En el proceso de superación de la resistencia, y de rastreo de los

materiales significativos reprimidos, el paciente puede verse obligado a recordar materiales cada vez más antiguos. Los años de infancia son críticos para el desarrollo de todo individuo; si éste se fija en alguna etapa temprana del desarrollo sexual, o si regresa a ella al enfrentar un trauma posterior, queda montada ya la escena para que se desarrolle una neurosis. Las experiencias tempranas más susceptibles de castigo, y por lo tanto más reprimidas, se relacionan con el sexo. Por lo tanto, el material significativo que se recoja tendrá que ver con el sexo. Podernos ser más específicos, y decir que el conflicto edípico y su resolución son centrales para el análisis, y que su comprensión por parte del paciente es esencial para su recuperación.

Resulta claro de todo esto que el síntoma posee interés para el freudiano por su valor simbólico sobre todo, como una señal inicial que puede conducir finalmente al analista y al paciente hacia la verdadera dificultad. Investigar los síntomas para describir las causas fue durante tantos años una parte de todas las terapias, que ya ni falta hacía mencionarlo. Sólo en las dos últimas décadas, más o menos, en virtud de que los terapeutas conductistas comenzaron a trabajar *directamente* en la eliminación de los síntomas, se ha cuestionado la actitud de Freud hacia éstos. ¿Los síntomas son en sí el problema del neurótico, o son sólo símbolos de un problema de raíces más profundas? Ese era, de verdad, un tema fundamental y una clara decisión a este respecto probablemente ayudaría a resolver muchos de los conflictos existentes entre la terapia psicoanalista y la conductista.

Aparentemente, Freud creía en la posibilidad de romper las férreas reglas del determinismo cuando se podían poner los impulsos bajo el imperio del proceso secundario. De este modo, el paciente alcanzaría el autocontrol, en lugar de permanecer bajo el control de los impulsos. Freud estaba menos interesado en la cuestión del determinismo dentro del proceso secundario, aunque sus seguidores (incluyendo a su hija Anna) han dedicado mucho tiempo al estudio de los procesos del yo. Para Freud, la esperanza de que la humanidad mejorara residía en que se volviera cabalmente racional. La comprensión no era una condición suficiente para la curación, pero era una condición necesaria. La comprensión tenía que ser "profunda"; es decir, tenía que haber una real aceptación emocional del análisis, y no una mera repetición intelectual de las palabras.

La importancia que Freud concedió a la racionalidad se tradujo en una combinación algo extraña de posiciones sobre el determinismo. Desde casi todo punto de vista, era un archideterminista. Es famoso su trabajo sobre la determinación de los errores al hablar y escribir, los olvidos e incluso las pérdidas de objetos. Presentó pruebas de que la naturaleza aparentemente

casual de estos sucesos oculta el hecho de que el error revela la motivación inconsciente de la persona que se ha equivocado o que ha olvidado o perdido algo. Un ejemplo publicado (Freud, 1938, pág. 75) es el de un representante de las Hijas Unidas de la Confederación, quien al concluir su elogio a Jefferson Davis, dijo: "El grande y único presidente de los Estados Confederados de América: ¡Abraham Lincoln!" Al explicar estos "lapsos", Freud ampliaba el supuesto reino del determinismo, pero al ayudar a sus pacientes a lograr el control del yo, estaba tratando de liberarlos de su gana.

LOS REBELDES

Cuatro miembros importantes del grupo inicial de Freud ocuparon primero una posición de privilegio a su lado y luego tuvieron desacuerdos estableciendo facciones analíticas rivales. Fueron Adler, Jung, Rank y Ferenczi, en ese orden. Los opositores del psicoanálisis han utilizado sus defecciones para demostrar que los analistas no están todos de acuerdo, o que Freud era una especie de tirano despótico que no toleraba ninguna oposición. Los cargos, como podía esperarse, no son del todo verdaderos ni del todo falsos. Hubo por cierto acuerdos y desacuerdos fundamentales entre los cinco hombres que estamos considerando. En cuanto a los factores de personalidad, son difíciles de evaluar; en todo caso, probablemente cada uno haya tenido su parte de culpa. La investigación de Levinson (1978) ha arrojado nueva luz —y muy interesante, por cierto— sobre la relación entre Freud y sus discípulos. Levinson considera que es típico de los jóvenes encontrar un mentor, tal como Adler, Jung, Rank y Ferenczi encontraron a Freud. Y también es típico que una intensa relación de este tipo concluya con un serio conflicto y resentimientos. El joven considera que el mentor es demasiado exigente y crítico, y la persona mayor encuentra al joven demasiado susceptible, rebelde e ingrato. En consecuencia, es probable que nos hayamos inclinado a pensar que las sucesivas rebeliones de los discípulos de Freud eran insólitas cuando en realidad se trataba de algo que había que esperar. Con esta introducción, nos dedicaremos ahora a presentar una breve reseña de estos cuatro hombres y de las modificaciones que propusieron.

Alfred Adler

Alfred Adler (1870-1937), un médico vienés, se unió al grupo que en 1902 comenzó a reunirse con Freud (los viernes por la noche) para hablar de

psicoanálisis. Adler y Stekel fueron los más antiguos discípulos de Freud: abandonaron la sociedad en años sucesivos (1911-1912). Stekel hizo contribuciones en el campo del simbolismo, pero según Jones (1955, pág. 135) no tenía conciencia científica y no formó escuela después de abandonar el psicoanálisis.

El caso de Adler fue muy distinto: su contribución al psicoanálisis fue importante, pues formuló una teoría de la conducta hasta cierto punto independiente, y estableció una escuela rival.

Las dificultades entre Freud y Adler se intensificaron luego de que Freud insistiera en el nombre de Jung como presidente de la Asociación Internacional: los vieneses eran celosos de sus posiciones, ya que habían sido los primeros seguidores. Luego, al año siguiente de las reuniones internacionales de 1910, se decidió discutir y debatir las teorías de Adler. Finalizadas las discusiones, resultaron evidentes los desacuerdos con respecto a la teoría, y Adler abandonó con su facción la Sociedad de los Viernes antes de que terminara el año 1911. Formó una escuela rival a la que finalmente denominó *psicología del individuo*.

En un primer momento Freud toleró e incluso dio la bienvenida a las contribuciones de Adler. Este destacaba la importancia de la inferioridad orgánica en los neuróticos. A primera vista, parece una posición más biológica aun que la de Freud. Sin embargo, en este caso las apariencias engañan, porque Adler ponía el acento en la reacción psicológica ante una inferioridad orgánica real o *imaginada*, más que en los hechos biológicos mismos. La *compensación* de esta inferioridad explica la naturaleza de muchos síntomas neuróticos y contribuye a determinar el *estilo de vida* del individuo, la manera como enfrenta en general los problemas. El examen de los mecanismos compensatorios sería, para Adler, la tarea fundamental del análisis, tanto desde el punto de vista teórico como práctico.

Aunque Adler destacaba la importancia del conflicto entre la masculinidad y la femineidad, sus puntos de vista sobre la sexualidad eran muy diferentes de los de Freud. Para él, lo importante era la superación de la femineidad, tanto por parte de los hombres como de las mujeres ("protesta masculina"), y no la sexualidad en sí misma. La voluntad de poder sería la fuerza motivadora más importante en las vidas de los hombres; en ocasiones, el sexo es un síntoma de esa voluntad, y el acto sexual representa entonces la dominación de la mujer más que una expresión de impulsos realmente sexuales.

Según Adler, la voluntad de poder y la necesidad de superar la inferioridad resultan de las condiciones de vida que valen universalmente para los niños. El niño no es un pequeño animal sexual cuyos deseos incestuosos deben reprimirse, sino un organismo pequeño desamparado cuyas necesidades han de

Para profundizar en este tipo de contenidos consulte la obra:
Marx, M.H. y Hillix (1987) *Sistemas y teorías Psicológicas Contemporáneas*. México. Paidós.

ser atendidas en su totalidad por adultos relativamente poderosos. Necesariamente, el niño desarrolla sentimientos de inferioridad respecto de esos adultos, y debe esforzarse por superar su inferioridad y alcanzar un status independiente. El conflicto edípico, si existe, es más una conquista de la madre que una expresión directa de la sexualidad infantil.

De modo que Adler restó importancia a los instintos y energías biológicas e innatos, y destacó las relaciones sociales que se van dando en el seno de la familia a medida que el niño crece; concluyó que la posición en la familia (hijo mayor, segundo, hijo menor) es muy importante para determinar la forma (estilo de vida) en que un individuo afronta la realidad. Es forzoso que haya rivalidad entre los hermanos y que ella afecte a la personalidad. En la teoría de Adler, los conflictos importantes suelen ocurrir entre el individuo y su ambiente, más que dentro del individuo, como afirmaba Freud.

Adler presentó una concepción del hombre más optimista que los psicoanalistas ortodoxos. El hombre no es un agregado de segmentos en guerra entre sí, sino más bien un individuo dinámico integrado. No insistió mucho en el descubrimiento del inconsciente y sus fuerzas oscuras. El hombre de Adler es consciente y creador, y vive en parte por una "adhesión a una ficción de futuro", formada de preceptos en los cuales se cree en el presente. Esos preceptos, aunque no necesariamente ciertos, pueden sin embargo dirigir la conducta; por ejemplo, el precepto "su recompensa estará en el Cielo".

Adler y su escuela practicaron una terapia más breve, y por lo menos en algunas oportunidades prescindieron del diván freudiano. Las aplicaciones prácticas de la teoría adleriana a los problemas educacionales y sociales ayudaron a popularizar la teoría, lo mismo que la facilidad con que términos tales como *complejo de inferioridad* y *rivalidad fraterna* fueron asimilados en el lenguaje lego. En general, la teoría de Adler se acerca más al sentido común que la de Freud, y probablemente comparte la fuerza y la debilidad de este tipo de teorías.

Carl Gustav Jung

Relación con Freud. Carl Gustav Jung (1875-1961) fue un psiquiatra suizo que se interesó en las teorías de Freud después de leer *La interpretación de los sueños*, que apareció en 1900. Jung visitó a Freud en su Sociedad de los Viernes en Viena, en 1907, e inmediatamente se hicieron muy amigos. Jung no tardó en ser, a los ojos de Freud, el príncipe del movimiento

psicoanalítico. En 1909 acompañó a Freud en las conferencias de la Universidad de Clark y posterior-mente regresó solo a América para dictar conferencias adicionales. En la primera reunión de la nueva Asociación Psicoanalítica Internacional, Freud insistió —frente a la oposición vienesa— en que se eligiera presidente a Jung. Quería que el nuevo movimiento fuese encabezado por un hombre joven y no judío, porque sentía que la resistencia a los judíos podía impedir el progreso del nuevo movimiento. En esas condiciones, Jung parecía la elección lógica. Los vieneses, que en su casi totalidad eran judíos, estaban celosos de su prioridad en el movimiento. y también resentidos hacia Jung porque lo suponían antisemita. Pero Freud superó las objeciones y Jung fue electo.

Poco después comenzó a debilitarse la relación entre ambos. Jung no desempeñaba sus deberes presidenciales tan bien como Freud esperaba; restaba importancia al sexo en sus conferencias y en sus análisis terapéuticos, y modificó el concepto de libido. Las fricciones personales hicieron tirantes las relaciones entre los dos hombres; en privado se acusaban el uno al otro de neurótico y la rivalidad fue creciendo a medida que ambos se interesaron, casi al mismo tiempo, en la psicología de la religión. En enero de 1913 convinieron en interrumpir su correspondencia personal. Hacia 1914, Jung se retiró por completo del movimiento; nunca reinició su amistad con Freud. Pronto fundó una nueva escuela, a la que llamó *psicología analítica*.

Actitudes básicas y metodología. En los comienzos de su carrera, Jung había postulado la existencia de algunos cambios físicos que explicarían el desarrollo de la esquizofrenia. Acentuaba así un factor contemporáneo, en lugar de los factores históricos que solía destacar Freud. Aunque por esa época Freud estaba de acuerdo con Jung en ese punto particular, no debe de haber-lo estado en general con la tendencia de Jung a conceder más importancia al presente que al pasado, en el estudio de las neurosis. En este aspecto, Jung se parecía más a los guesaltistas y Freud a los conductistas. Jung no sólo señalaba la importancia del *presente*, sino que también creía necesario comprender el futuro, las potencialidades del hombre, para poder hablar con sentido de él. En la dirección de la conducta, según Jung, las metas e intenciones del ser humano tienen tanta importancia como su historia personal. Deploró la tendencia de Freud a estudiar la causalidad exclusivamente basándose en el pasado, y acusó a la teorización freudiana de reductiva y mecanicista. Jung sugirió posteriormente (Jung y Pauli, 1955) un principio llamado de *sincronicidad*, que valdría para los sucesos que ocurren juntos en el tiempo pero no se causan los unos a los otros; la realización de sus arquetipos (imágenes primordiales que implican tendencias de respuesta

Para profundizar en este tipo de contenidos consulte la obra:
Marx, M.H. y Hillix (1987) *Sistemas y teorías Psicológicas Contemporáneos*. México. Paidós.

heredadas) en el mundo real sería simultáneamente psíquica y física, sin que las dos manifestaciones se relacionen causalmente. Esto presenta semejanza con lo que sostenía Hume, quien reducía la causalidad a la contemporaneidad, y también con la doctrina del paralelismo psicofísico.

Con el transcurso del tiempo, Jung modificó su actitud hacia la metodología científica. En un primer momento, estaba interesado en cubrir la brecha entre la psicología académica y el psicoanálisis, por vía del experimento de asociación. De esta manera esperaba hacer más científico el psicoanálisis. Posteriormente, Jung perdió el interés por "probar" el análisis a través de experimentos concebidos a la usanza tradicional. El y sus seguidores se dedicaron al estudio de la mitología y el arte, como métodos más útiles para revelar la forma del inconsciente. Jung se transformó en el líder analista más reacio a los métodos tradicionales de la ciencia empírica.

La terapia de Jung, de acuerdo con estas perspectivas básicas, destacó menos el pasado del individuo, y más su situación presente y los deseos para el futuro. El hombre de Jung, a diferencia del de Freud, es más un hombre creador y menos un recipiente pasivo de las influencias ambientales; concomitantemente, la psicología junguiana es más optimista. Para Freud, la terapia junguiana era de tipo sacerdotal, con exhortaciones morales, apelaciones a la fuerza de la voluntad, y un intento por desarrollar los anhelos humanos de lo divino (Freud, 1938, pág. 975). Jung creía que los impulsos primitivos del hombre pueden canalizarse hacia una búsqueda de la autorrealización o de lo divino; si el yo no reconoce y utiliza adecuadamente la energía, ésta puede trastornar su funcionamiento hasta el punto de volverlo neurótico o psicótico.

Energías e instintos básicos. Los puntos de vista de Jung sobre la energía humana básica se aproximan más que los de Freud a una concepción de sentido común. La libido sería una energía vital, de carácter biológico general, y no necesariamente una energía predominantemente sexual. Lo que para Freud era energía sexual concentrada en diferentes zonas corporales a lo largo de etapas diferentes (oral, anal, fálica, latente, genital), para Jung era simplemente energía vital, que adoptaba la forma más importante para el organismo en cada momento (alimentación, eliminación, sexo). La concentración temprana de la gratificación en la zona oral se explica por la relación de esa zona con la alimentación, y no por su relación con las sensaciones placenteras que surgen de la estimulación oral (a las que Freud adjudicaba un carácter sexual en un sentido amplio). A Jung no le gustaba que Freud agrupara todas las sensaciones pla-

centeras bajo el rótulo "sexual".

Como en su concepción la energía básica no era del todo sexual, Jung podía reinterpretar las observaciones analíticas que adjudicaban significado sexual a diversos hechos. Como Adler, reinterpretó el conflicto edípico. Por esa época, decía, las funciones nutritivas adquieren importancia en la actitud del niño hacia su madre. A medida que el niño desarrolla su funcionamiento sexual, esas funciones se recubren y combinan con sentimientos sexuales. Combinadas con estos sentimientos, hay ciertas predisposiciones a reaccionar ante la madre, de carácter primitivo e inconsciente. No es cierto entonces que, como sostenía Freud, la relación edípica se base exclusivamente en la sexualidad.

Jung transfirió casi directamente los conceptos de la física a sus afirmaciones sobre la energía psíquica. Creía que la energía psíquica era tanto o más indestructible que la energía física. Si se utiliza la energía en alguna función psíquica, la cantidad disponible para esa función decrecerá, pero reaparecerá en forma de energía incrementada disponible para alguna otra función. Si la energía desaparece de algún sistema psíquico, reaparecerá en algún otro. Este punto de vista no es muy distinto del de Freud; éste también hablaba de la reaparición bajo otras formas de la energía psíquica no utilizada, por ejemplo cuando se sublima la energía sexual y se la utiliza para la creatividad artística. Jung no creía que la suma de energía psíquica disponible se mantuviera constante, porque la energía puede intercambiarse con el mundo externo a través del trabajo muscular, la ingestión de comida, etcétera. Puesto que la energía puede fluir de un sistema psíquico a otro, tiende a moverse desde los puntos más elevados de energía hacia los más bajos. En resumen, el sistema tiende a alcanzar un estado de equilibrio, aunque esta tendencia nunca llega a realizarse por completo. Aun cuando se alcanzara un equilibrio, éste se perdería rápidamente, debido a los intercambios entre algún sistema psíquico y el mundo exterior. Por ejemplo, si se concentrara la mayor parte de la energía disponible en el inconsciente personal, éste tendería a compartir la energía con otros sistemas, como podría ser el yo. Entonces podría haber un intercambio con el mundo exterior. El yo incrementaría luego su provisión de energía, y la dirección entonces se invertiría.

Estructuras psíquicas. Hall y Lindzey (1957) han ofrecido un excelente resumen de la posición de Jung:

La personalidad total o psique, como la llama Jung, consiste en una cantidad de sistemas separados pero interactuantes. Los principales son el yo, el *inconsciente personal* y sus *complejos*, el *inconsciente colectivo*

y sus *arquetipos*, la *persona*, el *anima* o el *animus*, y la *sombra*. Además de estos sistemas interdependientes, están las *actitudes* de introversión y extraversión, y las *funciones* del pensamiento, el sentimiento, la sensación y la intuición. Finalmente, hay un *sí mismo*, que es la personalidad plenamente desarrollada y unificada (pág. 79).

El yo de Jung es algo parecido a la idea que tiene el lego de sí mismo; es la mente consciente en contacto con la realidad, y contiene los recuerdos conscientes. Se lo siente como el centro de la identidad y la personalidad. El yo de Jung equivale al componente consciente del yo freudiano.

El inconsciente personal es la región inmediatamente más "interna" que el yo. Como está en contacto con el yo, contiene los materiales reprimidos que provienen de éste. El inconsciente personal equivale a una mezcla del inconsciente y el preconscious freudianos: los contenidos del inconsciente personal están a disposición de la conciencia y contienen sólo materiales que han llegado al inconsciente como resultado de experiencias personales del individuo.

Situado más profundamente aun que el inconsciente personal, está el inconsciente colectivo. Esta región oscura y nebulosa contiene las cosas que el hombre ha heredado filogenéticamente. Las cosas heredadas se denominan *arquetipos*. Los arquetipos son predisposiciones para percibir, actuar o pensar de una cierta manera. Se forman como resultado de las experiencias universales que han tenido los seres humanos en el curso de su evolución; son tanto símbolos como disposiciones. Puesto que las supuestas experiencias son universales, los arquetipos también lo son. Jung descubrió su existencia al estudiar los mitos y el arte de diferentes épocas y diferentes culturas. Ciertos símbolos eran comunes a todas ellas, a pesar de la supuesta falta de un intercambio directo entre las culturas. Ejemplos de estos arquetipos universales son el nacimiento, la muerte, el héroe, el niño, Dios.

Cuatro arquetipos han alcanzado un desarrollo superior al de cualquier otro: la *persona*, el *ánima*, el *animus*, y la *sombra*. Están tan bien desarrollados que han llegado a ser sistemas de personalidad separados. La *persona* es la máscara que un individuo presenta a la sociedad, y es femenina en las mujeres y masculina en los hombres. Puede servir o no para ocultar la personalidad real.

Contrapesando la persona está el *ánima*, la parte femenina del hombre, o el *animus*, la parte masculina de la mujer. Estos arquetipos constituyen el

reconocimiento junguiano de la bisexualidad humana. Se desarrollan, al igual que los otros arquetipos, como resultado de experiencias raciales universales. El *ánima* es el resultado de las experiencias del hombre con la mujer, y el *animus* es el resultado de las experiencias de la mujer con el hombre.

La *sombra* consiste en esa parte del inconsciente que ha sido heredada de los antecesores prehumanos del hombre; son los instintos animales. Los impulsos inmorales y pasionales emanan en gran parte de la sombra. Cuando esos impulsos aparecen en la conciencia, pueden expresarse o reprimirse, y en este último caso algunos de los materiales del inconsciente personal se originan en la sombra.

Un quinto arquetipo bien desarrollado es el *sí-mismo* (alemán: *Selbst*; inglés: *self*), el más importante de todos. Jung encontró este arquetipo en diversas culturas, representado por un símbolo al que denominó *mandala* o *círculo mágico*. Representa los esfuerzos del hombre por alcanzar la unidad, la totalidad, la integración de la personalidad. Jung hizo del sí-mismo un sistema separado, modificando su concepción original en la que el sí-mismo equivalía a la psique total. El sí-mismo mantiene juntos a todos los otros sistemas. Pugna por la unidad del individuo con el mundo a través de las experiencias religiosas, así como también por la unidad de los sistemas psíquicos en el individuo. El sí-mismo sólo puede aparecer si los otros sistemas psíquicos se separan lo suficiente como para requerir una integración, cosa que no ocurre hasta una edad mediana. Parte del desacuerdo entre Jung y Freud se basó en este "punto de fractura" en la edad media; Jung pensaba que la motivación sexual podía ser importante antes de esa edad, pero no después de pasar ese punto, cuando se ha desarrollado el sí-mismo y el sexo se transforma en una consideración secundaria.

Las dos actitudes hacia el mundo que señaló Jung —extraversión e introversión— se conocen mejor que cualquier otra parte de su sistema. En la extraversión, la mayor parte de la atención del individuo se dirige al mundo exterior; la introversión es el caso opuesto. Por lo general, el yo y el inconsciente personal tienen actitudes opuestas, ya que ambas actitudes siempre están en alguna medida presentes en la personalidad, y entonces la actitud no dominante tiende a ser reprimida. Cuanto más fuerte es la expresión consciente de una actitud, más fuerte es el desarrollo inconsciente de la otra. A veces un desequilibrio permite que la libido ligada a la actitud inconsciente supere la represión, y la actitud dominante resulta superada.

Finalmente, están las funciones, cualquiera de las cuales puede ser dominante. Las definiciones junguianas de pensamiento, sentimiento, sensación e intuición no difieren de sus significados comunes. Jung no pensó que fuera

arbitrario fijar el número de funciones en cuatro; para él, era una cuestión de hecho. Por lo general, predominan dos de las funciones a expensas de las otras dos; estas últimas se desarrollan entonces en el inconsciente, al igual que la actitud reprimida. Si se describe a los individuos sobre la base de función y actitud, se obtiene una especie de tipología: así, un pensador-intuitivo-introvertido puede ser profeta o monje. Para vivir con éxito son necesarias todas las funciones y las dos actitudes; de modo que no hay tipos puros. El individuo total armoniza todos estos factores. En la medida en que nos acercamos a los tipos puros, nos acercamos a la patología.

Contribución y evaluación. Es particularmente difícil evaluar a Jung. Cuando vivía Freud, su nombre ocultaba a Jung y a todos los demás analistas. Además, con frecuencia se ha señalado que Jung es difícil de comprender; como ha dicho Jones (1957): "De modo que su mentalidad adolecía de un serio defecto: carecía de claridad. Recuerdo que en una oportunidad me encontré con alguien que había sido discípulo de Jung en la escuela y le pregunté cómo había sido él de niño. Su respuesta me impresionó: "Tenía una mente confusa. No era yo, entonces, el único que había hecho esa observación" (pág. 32).

Aunque posiblemente la afirmación de Jones haya sido un tanto parcial, debido a su amistad con Freud, parece tener cierta justificación. Recientemente, alguien que revisó la traducción inglesa de las obras de Jung decía que la afirmación de éste sobre uno de sus trabajos parecía aplicarse a muchos. Esa afirmación es la siguiente (Jung, 1956): "Fue escrito a toda velocidad, en medio de la prisa de mi práctica médica, sin atención al tiempo o el método. He tenido que volcar mi material precipitadamente, tal como lo encontré. No hubo oportunidad para dejar que mis pensamientos maduraran. La totalidad de la cosa vino hacia mí como un alud incontenible" (pág. xxiii). Un libro escrito de esta manera, no puede resultar fácil para el lector. Además del problema del estilo, para la mayoría de los lectores que no conocen alemán está el problema de la traducción, pues, por ejemplo, sólo en 1966 se tradujo al idioma inglés el último de los dieciocho volúmenes de su obra.

Aun cuando se supere el difícil problema de leer y comprender a Jung, subsisten muchos otros. El escaso afecto que siente Jung por la metodología científica tradicional hace que su tipo de exposición persuasiva resulte extraña a los psicólogos que gustan de las pruebas estadísticas o de laboratorio. Si se exige este tipo de pruebas, puede descartarse inmediatamente a Jung.

Incluso es difícil encontrar algún sistema lógico para evaluar, porque Jung no fue un sistematizador. Si hay un sistema, debe destilárselo de sus escritos y luego acomodarlo; Jung no presentó postulados o derivaciones. Este rasgo lo comparte con los otros analistas.

En 1929 el propio Jung ofreció una evaluación del status de la psicología, incluyendo la de su propio sistema: "Nuestra psicología es una confesión formulada con mayor o menor éxito por algunos individuos, y, en la medida en que cada uno de ellos se ajusta más o menos a un tipo, se puede aceptar su confesión como una descripción bastante válida de una gran cantidad de personas" (reimpreso en Hillix y Marx, 1974, págs. 372-373). Jung pone en claro que intenta aplicar este comentario tanto al psicoanálisis como lo desarrollaron Freud y Adler como a su propio sistema. Por lo tanto, habría por lo menos tres clases de personas, cada una razonablemente bien descrita y explicada por una teoría psicoanalítica diferente.

A primera vista, ésta parece ser una clase especial de ciencia, sin leyes generales. Sólo hay leyes limitadas que se aplican a un conjunto adecuado de personas. Sin embargo, Diesing (1971) describe con exactitud este procedimiento como uno de sus cuatro "métodos de descubrimiento" en las ciencias sociales. Es parte del método holístico, que comienza con datos concretos, descubre temas en los datos, construye después tipologías (que son teorías de alcance limitado) y termina por desarrollar una teoría general que explica todos los tipos. Dentro de este contexto, se podría considerar que el psicoanálisis es una etapa intermedia que podría llevar finalmente a una teoría general del tipo que la mayoría de los científicos aspiran.

Aparentemente, Jung ha cobrado mayor importancia en los últimos años. Sobrevivió a Freud veintidós años, y la totalidad de sus trabajos ha sido ya publicada en inglés. Las ideas de Jung son novedosas y provocativas. Su idea del hombre proporciona un refrescante antídoto para la de Freud: es optimista y compatible con una perspectiva religiosa. Jung mismo estaba interesado tanto en los mitos como en las religiones, sobre todo en las orientales. Su posición proporciona un lugar de descanso cómodo y compatible para quienes están ya hartos del enfoque científico y sus resultados. La psicología junguiana es una compañera agradable para el existencialista (variedad moderna). El hecho tal vez fortuito de que el interés hacia estos temas —religión oriental, misticismo, existencialismo— haya repuntado, ha fortalecido la posición de Jung.

Resulta significativo que su capacitación científica no sea ni tan larga ni tan intensa como la de Freud. Por lo tanto, Jung pudo aceptar finalmente un punto de vista firmemente anticientífico. Freud había enfrentado muchas terribles pruebas de coraje —la sexualidad infantil y su propio error de creer en las

historias que sus pacientes le contaban sobre episodios sexuales, por ejemplo—pero nunca concibió la posibilidad de escapar total y deliberadamente ante la ciencia organizada. Jung lo hizo. Esto será su salvación o su ruina. Jung era un erudito y un entusiasta, y sus seguidores eran leales y quedaban impresionados una vez que lo comprendían. No nos interesa apostar sobre lo que los años por venir harán con la popularidad de su psicología.

Rank y Ferenczi

Estos dos hombres pueden ser considerados en conjunto, porque han publicado juntos y porque sus defecciones están de alguna manera relacionadas. La separación entre Rank y Freud fue anterior a la de Ferenczi, y también más severa y más completa. Ninguno de ellos alcanzó la estatura de Freud, Adler o Jung, aunque ambos han hecho significativas contribuciones a la teoría o a la práctica del psicoanálisis.

En 1922 Otto Rank (1884-1939) comenzó a presentar sus ideas sobre el trauma del nacimiento. Además, él y Ferenczi colaboraban en un libro titulado *The development of psychoanalysis* (1973). Freud reaccionó muy positivamente hacia el libro en un primer momento, pero luego mostró cierta ambivalencia. La aversión de Rank hacia Jones complicaba el cuadro; aparentemente Freud no sabía qué partido tomar en estos desacuerdos. Una serie de declaraciones de amistad, culminó finalmente en su separación completa de Freud y del movimiento analítico ortodoxo.

Al comienzo, Ferenczi mostró cierta hostilidad hacia los miembros del comité, y se le frustraba en los congresos; nunca fue elegido presidente por un plenario. Sin embargo, su separación final de Freud no fue tan temprana ni tan dramática como la de Rank. Simplemente, se apartó de los otros analistas, en parte a causa de sus creencias terapéuticas. Prácticamente no hubo rencores reales entre él y Freud, por lo menos hasta muy poco antes de su muerte, en 1933: hacia esta época, posiblemente la enfermedad física de Ferenczi afectara su mente (Jones, 1957, pág. 176).

Rank contribuyó a un aspecto profesional del psicoanálisis. Llegó a la Sociedad de los Viernes proveniente de una escuela técnica, y se le alentó para que asistiera a la universidad. Su aplicación del psicoanálisis a los desarrollos culturales le hizo grato a los ojos de Freud, e inclinó a éste en favor de los analistas legos. Freud nunca se había identificado con la profesión médica, y no veía necesidad alguna de estudiar medicina para practicar el psicoanálisis.

La contribución más directa de Rank se relaciona con el trauma del nacimiento. Rank llevó hasta su conclusión lógica el interés de Freud por los primeros años. Según aquél, las neurosis se originan en el trauma del nacimiento, cuando se abandona la comodidad del útero al ser expulsado violenta y dolorosamente hacia los terrores del mundo. Este trauma no se olvida nunca. La "angustia de separación" que resulta del trauma del nacimiento es básica en los síntomas neuróticos. También es importante el choque de voluntades entre el niño y su padre, que acompaña luego el proceso de crecimiento. La tarea del terapeuta, entonces, es aliviar la culpa que siente el paciente por ese choque, y su angustia ante la separación. Para lograr que el paciente trabaje realmente durante la terapia, y que no caiga en una excesiva dependencia del terapeuta, se establece una fecha definida para la separación de paciente y terapeuta. La terapia termina en el momento acordado, y durante su transcurso el paciente desarrolla la capacidad necesaria para funcionar posteriormente sin ayuda.

Hay una circunstancia interesante a propósito de la teoría de Rank. Por lo común, Freud se oponía a todo tratamiento estadístico. La única excepción conocida es su crítica a la teoría de Rank; sugirió (Jones, 1957, pág. 68) que esa teoría no debiera haberse propuesto sin una evaluación estadística previa de las mentalidades de los nacidos en primeros partos, en partos difíciles y en operaciones cesáreas.

Sandor Ferenczi (1873-1933) no hizo modificaciones teóricas tan fundamentales como las de Rank. Sus divergencias principales se refieren a la técnica terapéutica. Compartió con Rank la creencia de que no siempre es necesario exhumar los orígenes históricos de los síntomas neuróticos; esto permite una terapia más breve. Ferenczi pensaba que en las vidas de la mayoría de sus pacientes neuróticos había faltado una cálida relación con la madre, y que el terapeuta debía proveer ese elemento ausente. Por lo tanto, trataba con ternura a sus pacientes, sentándolos en su regazo y besándolos a veces (Jones, 1957, págs. 163-164). Para Freud, esto era abrir la puerta a técnicas terapéuticas que acabarían por desacreditar al psicoanálisis; y Ferenczi se sintió tocado por las dudas de Freud. Sin embargo, no abandonó su creencia de que la exoactuación de los problemas inconscientes era el camino para la salud mental, y continuó empleando su singular terapia hasta que su salud se empobreció tanto que no pudo ya trabajar. Comparados con la terapia primaria [*primal therapy*] o los encuentros "maratón" de la actualidad, los procedimientos de Ferenczi parecen bastante conservadores. En vano esperamos oír, de un nuevo Freud, comentarios irónicos sobre estos procedimientos.

Con esto concluye el aspecto puramente expositivo de este capítulo. De ninguna manera es una historia completa del psicoanálisis, ni siquiera hasta la

muerte de Freud, en 1939; sólo es una muestra de sus puntos más salientes. Más adelante incluiremos los desarrollos recientes, pero también ellos han de ser incompletos. El psicoanálisis es un movimiento orgánico en constante crecimiento y modificación, de modo que ninguna sección transversal puede brindar un cuadro realista o completo. Con todo, ofreceremos ahora una cierta evaluación de la sección transversal que hemos presentado aquí.

En vista de las diferencias entre los sistemas usualmente considerados *psicoanalíticos*, no podemos examinar el psicoanálisis como un sistema único. Sin embargo, hay importantes rasgos comunes que procuraremos mantener en el foco del análisis, incluso entre los sistemas más divergentes. Toda vez que examinemos un punto en el que no todos los sistemas estén de acuerdo, seguiremos el sistema de Freud con preferencia a cualquier otro. Aunque las metas y el contenido de la psicología psicoanalítica son algo diferentes de los de los sistemas que hemos tratado antes, continuaremos realizando nuestra exposición siguiendo el mismo plan general.

Definición de la psicología

Aunque Freud no pertenecía a la tradición de la psicología como tal, quizás el psicoanálisis fuera para él la única psicología digna de su nombre. Le interesaba desarrollar un marco sistemático, pero no enunciar definiciones. En este aspecto sus seguidores no han diferido de él. En una época Freud *distinguía* el psicoanálisis sobre la base de su interés por la resistencia y la transferencia; en otro momento dijo que la característica de un analista era su interés por los factores sexuales. Pero éstas no son definiciones. Seguiremos un procedimiento similar, describiendo algunos rasgos salientes del psicoanálisis. Se obtiene así una suerte de definición implícita de la psicología tal como la ven los psicoanalistas. El psicoanálisis es una disciplina que se inició con el estudio de las neurosis por medio de las técnicas hipnóticas, el análisis de los sueños y la asociación libre, y destacó la importancia de las condiciones motivacionales inconscientes. Desde entonces ha ampliado sus campos y métodos de estudio, para incluir la investigación antropológica, los experimentos de laboratorio, las técnicas de tests y el estudio de las personas normales, las culturas y los documentos culturales. Rapaport (1959) pone en claro el hecho de que el psicoanálisis procura definir la psicología de manera que quede abarcada en él:

Por último, al finalizar las décadas de 1930, 1940 y 1950, la influencia del psicoanálisis y de la nueva psicología psicoanalítica del yo se extendió a toda la psicología, primero a la psicología clínica, a través de las técnicas proyectivas, después a la psicología clínica experimental, y finalmente a la psicología experimental propiamente dicha. Así, gradualmente se está llevando a cabo la afirmación original de esta teoría respecto de su carácter inclusivo (pág. 79).

Los analistas parten de varios supuestos básicos, que se pueden incluir en la definición de la escuela; para que alguien sea aceptado como analista debe a su vez aceptar una cantidad mínima de esos supuestos. A continuación los examinamos.

Postulados básicos

Según Munroe (1955), casi todas las variedades de analistas aceptan cuatro supuestos básicos. Primero, la vida psíquica está *determinada*. Segundo, el *inconsciente* desempeña un papel predominante en la determinación de la conducta del hombre (por oposición a la creencia anterior de que el hombre seguía patrones de determinación racionales). Tercero, los conceptos explicativos más importantes son *motivacionales* (es decir, dinámicos). Muchas manifestaciones conductuales diferentes se pueden explicar por un único concepto motivacional subyacente; se pone el énfasis en la intencionalidad de la acción, más que en las conexiones mecánicas del tipo E—R. Cuarto, la *historia* del organismo es de extrema importancia en la determinación de la conducta contemporánea.

Además de estos cuatro postulados primarios, los analistas más ortodoxos aceptan por lo general varios otros; 1) el impulso básico es sexual y tiene sus bases en la biología del organismo. 2) Esta energía biológica primordial se manifiesta en los diversos instintos. 3) Hay un conflicto básico entre los instintos de vida y de muerte (hemos visto ya que éste es uno de los postulados menos aceptados). 4) Para explicar la actividad inconsciente es necesario un modelo estructural, topográfico; las estructuras generalmente aceptadas son el ello, el yo y el superyó de Freud. 5) Las relaciones entre el niño y sus padres explican las neurosis. 6) El individuo atraviesa diversas etapas de desarrollo libidinal: oral, anal, fálica, de latencia y genital. 7) El individuo se defiende del daño psicológico mediante el empleo de los mecanismos de defensa que controla el yo. 8) Por último, los sueños, los *lapsus linguae*, los chistes y los diversos errores, tienen un significado simbólico que se relaciona con contenidos sexuales reprimidos.

Aunque hemos incluido estos supuestos bajo la denominación de postulados,

Para profundizar en este tipo de contenidos consulte la obra:
Marx, M.H. y Hillix (1987) *Sistemas y teorías Psicológicas Contemporáneas*. México. Paidós.

no debe interpretarse esto literalmente. Freud era un pensador inductivo, por lo menos en su concepción del proceso. No se veía a sí mismo formulando postulados, sino simplemente informando o resumiendo los resultados de sus observaciones. Su reacción ante la declaración de Janet de que el inconsciente era una manera de hablar, muestra que a Freud no le agradaba que sus conceptos fueran clasificados como postulados. La conducta de muchos de sus seguidores indica que también ellos piensan así. Esto no es necesariamente una crítica efectiva, porque no interesa cómo se consideren los conceptos siempre que éstos desempeñen un papel útil en la teoría.

Naturaleza de los datos

Los datos básicos del psicoanálisis han sido recogidos en situaciones terapéuticas. Son datos provenientes de informes verbales o de la introspección. El tipo de introspección es muy diferente al tipo clásico, pero mantiene las mismas dificultades, a menudo agravadas. Si se supone que la introspección psicoanalítica da información sobre acontecimientos pasados, entonces los estímulos originales para el informe verbal han ocurrido meses o años atrás. Muchas de las hipótesis psicoanalíticas se refieren a relaciones entre sucesos de la historia del paciente y su conducta presente. De hecho algunos críticos (por ejemplo, Skinner, 1954) han opinado que una de las principales contribuciones del psicoanálisis radica en su acentuación de la importancia causal de los sucesos de la vida del individuo. Pero esos sucesos no han sido mayormente estudiados de una manera directa. Los datos son las producciones verbales *presentes* del paciente. Freud mismo quedó perplejo cuando al cotejar los informes de sus pacientes con los de otros miembros de la familia, encontró que muchos de los sucesos informados no podían haber ocurrido. Decidió que no tenía importancia el que hubiesen ocurrido o no; el hecho de que se los hubiera fantaseado los hacía importantes para la terapia. Sobre la base de ese razonamiento, Ezriel (1951) ha sostenido que el análisis *no* es un método histórico; lo cual parece ser correcto. En realidad el analista trabaja sobre la base del su-puesto de que los *informes* sobre el pasado son importantes; en términos operacionales, el analista no tiene nada que hacer con el pasado del paciente. Estudia la personalidad del individuo observando su interacción con otra persona (el mismo analista), y no reconstruyendo su pasado. El psicoanálisis es un método dinámico, y no un método genético; trabaja con datos contemporáneos más que con datos genéticos.

De modo que la relación entre los datos y la teoría psicoanalítica está lejos de ser clara. Si la teoría se refiere a los factores genéticos, entonces la

mayor parte de los datos es muy cuestionable. Los sucesos pasados deben *inferirse* de los datos recogidos. Recordamos, de las críticas a la psicología estructural, que los psicólogos no confían en la memoria humana más allá de unos pocos segundos, y bajo condiciones estrictamente controladas. Si se reconocen los datos por lo que son —es decir, si se los utiliza sólo para formular enunciados sobre el presente—, entonces parecería necesario modificar la forma de la teoría freudiana. Por supuesto, este tipo de crítica es menos aplicable a Jung o incluso a Adler, ya que ambos reconocían más explícitamente la importancia del presente. Sin embargo, también en sus casos la mayoría de las hipótesis se refieren al pasado; en el caso de Jung, incluso al pasado filogenético, del cual no hay en abolusto datos disponibles.

Una segunda dificultad surge de la naturaleza de la relación terapéutica. Muchos de los enunciados formulados por el paciente se deben mantener en el secreto. Durante la sesión analítica, el analista debe desempeñar el papel de terapeuta, y sólo puede adoptar la actitud desapegada del científico una vez terminada la sesión. Puede olvidar datos, o elegir solamente los confirmatorios. Lo que el paciente dice puede estar influido por lo que el analista dijo antes. El mismo Freud enseñaba a sus pacientes algo de la teoría psicoanalítica durante el proceso terapéutico, aunque en los últimos años no lo hizo tanto. Las sugerencias pueden haber inclinado a los pacientes a formular enunciados confirmatorios de la teoría. El resultado neto es que por lo general no hay datos disponibles, ni siquiera para el público científico. Por lo tanto, los científicos en general no pueden evaluar su calidad. El hecho de que un paciente confirme que el análisis de alguna de sus producciones (por ejemplo, un sueño) es correcto, tiene poco valor científico. El paciente participa de la interpretación y puede ser que el acuerdo o la verificación guarden mayor relación con alguna sugerencia no intencional de parte del analista que con la exactitud de la interpretación. No hay una fuente exterior que pueda confirmar o negar la corrección del análisis.

Quizá pudiera ignorarse la necesidad de estos datos, y exigirse solamente datos sobre el éxito de la terapia. Pero incluso estos datos son difíciles de obtener. Por supuesto, hay una gran cantidad de informes sobre pacientes que mejoraron, pero hay pocos estudios hechos con grupos de control que sean iguales en otros aspectos y a los que se suministra alguna otra terapia o ninguna. Cada analista ve pocos pacientes, incluso a lo largo de una vida como terapeuta, de modo que es difícil obtener una muestra grande. Aun cuando pudiera contarse con esos grupos de control y esas muestras, sería extremadamente difícil mostrar que la aplicación de la teoría hecha por el analista ha sido correcta, o que no ha habido factores extraños que contribuyeron al resultado. En definitiva, es muy difícil mostrar la existencia de

Para profundizar en este tipo de contenidos consulte la obra:
Marx, M.H. y Hillix (1987) *Sistemas y teorías Psicológicas Contemporáneas*. México. Paidós.

una firme relación lógica entre la teoría y el resultado de la terapia. La situación terapéutica no parece ser el lugar para probar una teoría científica.

Sin embargo, en un año Dittmann (1966) encontró cinco estudios de los resultados de la terapia (generalmente no de la psicoanalítica). Si bien la reseña de Dittmann no se puede emplear para reforzar ninguna afirmación sobre la teoría o la terapia psicoanalítica, ofrece en cambio algunos ejemplos de los escollos que esa investigación implica. Hay un estudio especialmente instructivo (Nash, Frank, Imber y Stone, 1964). Estos investigadores encontraron, según Dittmann, "un enorme efecto inicial del tratamiento, un efecto que empezaba antes de su administración y que parecía estar relacionado con el tipo de tratamiento, ya fuese éste medicación activa o inactiva" (págs. 55-56). Cuando efectos de este tipo son usuales, no resulta sorprendente que los terapeutas mejor intencionados sobrevaloren la eficacia de su propio trabajo.

Bergin y Suinn (1975) proporcionan información adicional sobre los resultados de la terapia. Sloane y otros (1975) determinaron que tanto la terapia inspirada en la teoría conductista como la de orientación psicoanalítica aceleraban la mejoría, en comparación con sujetos de control cuidadosamente seleccionados. Sin embargo, ¡los terapeutas conductistas hicieron tantas interpretaciones como los psicoanalistas! Además, Lazarus (1971) halló que de veinte conductistas que se hallaban en tratamiento, diez estaban en terapia psicoanalítica, cinco en terapia gestaltista, tres en bioenergética, cuatro en terapia existencial y uno en dinámica de grupo. ¡Ninguno en terapia conductista! (Puesto que las cantidades suman más de 20, es de suponer que algunos terapeutas estaban en más de una clase de terapia). Todo esto parece reforzar nuestra opinión de que la terapia, tal como existe en la actualidad, no puede servir como medio de prueba de la teoría.

Hay datos observacionales provenientes de otras situaciones. Kardiner (1939), Mead (1950) y Malinowski (1950) han recolectado datos pertinentes en algunas sociedades primitivas. Estos datos sirven de apoyo al sistema en algunas oportunidades, y en otras exigen su modificación; por ejemplo, los datos no confirmaron la supuesta universalidad del complejo de Edipo (Toulmin, 1948).

Hilgard (1952), entre otros, ha informado sobre algunos datos recientes, tomados de sujetos humanos en situaciones de laboratorio o escolares. Estos datos son forzosamente fragmentarios. Se relacionan con porciones aisladas de la teoría psicoanalítica, como corresponde a cualquier estudio bien controlado que quiera realizarse en el presente. Todavía carecemos

del estudio longitudinal metódico que sería necesario para apuntalar sólidamente los supuestos genéticos del psicoanálisis. Pumpian-Mindlin (1952) es un representante típico de los autores que consideran necesario crear un instituto psicoanalítico para llevar a cabo esa investigación.

Sears (1943) ha revisado las investigaciones objetivas anteriores a 1942, que intentan verificar los conceptos psicoanalíticos. Muchos de esos estudios se han realizado con animales, y una cantidad desproporcionadamente grande han sido pruebas de fijación o regresión. Horwitz (1963) señala que los psicoanalistas muy a menudo demuestran un sublime desinterés por esos experimentos. Con harta frecuencia las hipótesis investigadas son triviales, o el investigador experimental no se ha tomado la molestia de lograr algo más que un conocimiento superficial de la teoría que está tratando de poner a prueba. En estas condiciones, la actitud del analista es, por cierto, comprensible. No obstante, los experimentos están relativamente bien controlados e indican una saludable preocupación por la aceptabilidad científica de los conceptos sometidos a prueba. El interés excesivo por los conceptos limitados indica probablemente una debilidad de la teoría; la mayoría de los enunciados analíticos son demasiado generales o demasiado ambiguos como para permitir una prueba fácil. En la mayoría de los casos no es posible someter a prueba las predicciones derivadas de varios postulados, porque nunca hay un enunciado cuantitativo —y raras veces hay siquiera un enunciado cualitativo— sobre la importancia relativa de los diversos factores que podrían conducir a un resultado conductal. De modo que las condiciones de la teoría limitan parcialmente el tipo de datos y su importancia para la teoría misma.

Posición frente al problema mente-cuerpo

Freud era moderno en este aspecto: no se preocupó demasiado por el problema. Jones (1953, pág. 367) ha dicho que se podrían citar pasajes de Freud que lo colocarían en cualquiera de las diversas posiciones filosóficas al respecto. Freud mismo se declaraba en favor de un paralelismo psicofísico. Sostenía que los procesos psíquicos no pueden ocurrir en ausencia de procesos fisiológicos, y que estos últimos deben preceder a los primeros. Asignaba así una cierta prioridad a lo material, prioridad que probablemente se remontara a sus días de estudiante, cuando adoptó un materialismo radical.

Principios de conexión

Como los psicoanalistas están fuera de la psicología académica, les resulta innecesario ocuparse del problema de la conexión como tal. Sin embargo, su método básico es el de la asociación libre, y podríamos preguntarnos cómo

sucede que las asociaciones se conecten de manera tal que proporcionan —según decía Freud a propósito de los sueños— "un camino real hacia el inconsciente". Los principios de conexión son de diferentes tipos.

En primer lugar, están los principios clásicos de contigüidad, similitud y oposición. Los elementos que han sido contiguos en la experiencia del individuo tienden luego a conectarse en una serie asociativa. Los elementos son similares u opuestos para un individuo, pueden también evocarse o sustituirse mutuamente, aunque la aceptación de estos principios clásicos permite disponer de una rudimentaria teoría del aprendizaje. Rapaport señala de modo explícito (1959): "Si debemos escoger una limitación notable de la afirmación de esta teoría con respecto a su campo de acción, elegiríamos entonces su carencia de una teoría específica del aprendizaje" (pág. 79).

Los principios de conexión más importantes son aquellos que se relacionan con factores motivacionales. En una asociación, la similitud u oposición puede ser más de motivos o sentimientos que de estímulos objetivos. El reconocimiento de este hecho permite al analista reconocer conexiones que no son evidentes para los psicólogos académicos. El hecho de que las asociaciones se de-terminen por estos factores explica también que las asociaciones "libres" del paciente contengan material importante para sus problemas básicos; estos problemas suscitan motivos que a su vez controlan las asociaciones.

Para explicar completamente por qué de los problemas surgen ciertos síntomas, y por qué de los contenidos latentes del sueño surge un cierto contenido manifiesto, son necesarios aún otros principios, más complejos. Se trata de los principios especiales del simbolismo, que ya hemos mencionado: la distorsión, el desplazamiento, la condensación. Finalmente, están los mecanismos de defensa del yo (racionalización, proyección, etc.), que explican las conexiones entre ciertas conductas manifiestas y sus bases motivacionales. La complejidad de estos principios de simbolismo y defensa es tal, que han sido objeto de una prolongada investigación psicoanalítica.

Principios de selección

La motivación proporciona también la clave para la selección; parecería que en la mayoría de los sistemas los principios tienden a ser simplemente los unos el anverso de los otros. Los analistas han destacado la selectividad en el movimiento del material desde el preconscious o

inconsciente hacia la conciencia, más que la selección de estímulos en el ambiente. La selección de una idea o recuerdo depende del equilibrio dinámico entre las fuerzas represoras y las fuerzas instintivas que pugnan por la expresión del material reprimido. La represión actúa selectivamente, eliminando material de la conciencia, y las resistencias mantienen alejado el material de carga emocional. La tarea del analista es redistribuir la energía libidinal disponible, de modo que las fuerzas represoras del yo o el superyó disminuyan en relación a las fuerzas expresivas. A menudo la libido ligada al material reprimido es tan fuerte que impone su propia selección, para actuar de una manera disfrazada; por ejemplo, la hostilidad reprimida puede expresarse a través de su proyección entre otras personas, a las que acusa entonces de hostiles. El yo selecciona continuamente materiales reprimidos adecuados, para esa expresión simbólica. También en la selección están implicados los principios de conexión; el yo debe *seleccionar*, de acuerdo con los principios de *conexión*, los símbolos necesarios para dar salida a los impulsos reprimidos.

Vemos en estos ejemplos que un aspecto considerable de la contribución de Freud fue el desarrollo detallado de los principios de conexión y selección, aplicados a casos en los que antes se veía arbitrariedad y desorden. Extendió los principios *a/* inconsciente, donde se requieren leyes diferentes; esa ampliación es fundamental en su sistema.

Las investigaciones relacionadas con el denominado nuevo enfoque [*new look*] de la percepción, que ya no es tan nuevo, se han ocupado de los efectos de la motivación sobre la percepción de los estímulos objetivos. Esa percepción selectiva se ha demostrado en el laboratorio, y representa una extensión del pensamiento psicoanalítico. Aunque la interpretación que se dio a los experimentos está sujeta a dudas (por ejemplo, Goldiamond, 1958), lo cierto es que actualmente se estudia en la percepción un grupo de variables que antes se consideraba inadecuado. Un ejemplo de los resultados observados es el hallazgo de que se requiere más tiempo para percibir una palabra que suscita culpa, que para percibir una palabra neutral. La interpretación analítica diría que actúa un mecanismo de defensa del yo, el cual tiende a reprimir esa percepción.

CRITICAS AL PSICOANÁLISIS

Inmoralidad

El público lego y el religioso fueron muy severos para con Freud y el psicoanálisis debido a su carácter irreligioso y amoral y a la acentuación de lo sexual.

Para profundizar en este tipo de contenidos consulte la obra:
Marx, M.H. y Hillix (1987) *Sistemas y teorías Psicológicas Contemporáneos*. México. Paidós.

Se ha dicho que Freud injurió y profanó la religión y la infancia. Freud no era religioso, e intentó explicar la religiosidad en términos científicos naturales. También es cierto que extendió el concepto de sexualidad hasta la infancia, y que abogó en favor de actitudes menos represivas hacia el sexo; por ejemplo, era partidario de una educación sexual de tipo realista.

Al margen de lo que Freud sintiera o dijera a propósito de esos temas, esos argumentos son absolutamente inadecuados, nada tienen que ver con la verdad o falsedad de cualquier hipótesis científica. Si alguien considera que los pronunciamientos de Freud sobre esos temas son más filosóficos que científicos, entonces puede rechazarlos basándose en los valores, pero no sobre la base de la verdad. Un lector al que no le guste el pesimismo de Freud como filosofía de vida puede rechazarlo y elegir una perspectiva más optimista. La aceptación o el rechazo no tendrán nada que ver en la ciencia.

Orígenes

Varios críticos han señalado las relaciones existentes entre la personalidad de Freud y la teoría que desarrolló. Por ejemplo, el libro de Bakan (1958) estudia este aspecto del psicoanálisis, señalando de una manera clara y erudita la relación entre el misticismo judío y el psicoanálisis, haciendo excursiones colaterales por los sentimientos mesiánicos de Freud y sus consecuencias para la teoría. No es raro encontrar autores que sostienen que la teoría edípica se explica por la relación del propio Freud con su joven madre, o que su tendencia a oponerse a los puntos de vista tradicionales se reduce a una reacción contra su pertenencia a la minoría judía.

Ellenberger (1970) sugiere que Anna O. fue sencillamente un caso clásico de histeria, con lo que quiere significar que sus síntomas eran más un efecto de la sugestión que el resultado de expresiones simbólicas de síntomas traumáticos. Si esto es verdad, tanto en el caso de ella como en el de otros muchos pacientes (hemos indicado antes que la sugestionabilidad es un problema omnipresente), entonces las bases del psicoanálisis podrían ser muy débiles. Por supuesto, Freud se percató sagazmente de la posibilidad de que los informes de sus pacientes fueran invenciones, pero aparentemente no tomó en cuenta la posibilidad de que parte de la sintomatología pudiese haber sido provocada por el analista.

Por lo tanto, los datos del psicoanálisis no son tan convincentes como la mayoría de los datos científicos. En consecuencia, si un crítico explica una parte de la creencia analítica como un resultado de las experiencias personales del teórico, parece que correspondería al defensor del análisis

demostrar que la creencia se apoya también en alguna base más firme de datos aceptables.

Teoría

Ninguno de los sistemas que hemos expuesto hasta ahora proporciona una teoría adecuada. El psicoanálisis no es la excepción. Sólo en un sentido muy amplio del término puede decirse que hay una teoría psicoanalítica. Hay una gran cantidad de generalizaciones empíricas, y hay algunas partes que constituyen modelos rudimentarios. Walker (1957) ha delineado, de manera muy clara, la naturaleza del inconsciente como modelo científico. Rapaport (1959) presenta cuatro modelos separados y un modelo combinado.

El propio Freud se consideraba un mero iniciador, y lo mismo pensaba de su sistema. Quizá la analogía entre el psicoanálisis y la frenología (véase Dallenbach, 1955) no sea tan desacertada como pudiera parecer a primera vista; ambas disciplinas dieron importantes pasos iniciales en su camino hacia la ciencia, y Bakan (1968) ha defendido la virtud de la frenología, por lo que ya no es más necesario sentirse ofendido por una comparación entre el psicoanálisis y ese carácter científico de reputación cuestionable.

Puesto que ninguna teoría psicológica, cualquiera sea su campo de acción, resulta completamente satisfactoria, las únicas preguntas razonables que se pueden plantear se refieren a si es probable o no que una determinada teoría *llegue a ser* una buena teoría. Rapaport (1959) expresó su pesimismo poniendo en duda que la teoría pudiera confirmarse alguna vez mediante el expediente de generar predicciones y someterlas a prueba. Horwitz (1963) es más optimista y no advierte ninguna razón por la que esto no pueda hacerse. Ford y Urban (1967) efectuaron en una revisión crítica una afirmación condenatoria, de seguir siendo cierta:

De igual modo, aunque se han examinado de treinta a cuarenta artículos y libros sobre el psicoanálisis, no se hace aquí hincapié en ellos. Nuestro examen de esa bibliografía nos da una profunda impresión de que es poco el desarrollo positivo y esencial que está en camino.. . Hay pocas novedades sustantivas en estos escritos y es probable que sólo interesen a los partidarios del particular punto de vista en ellas representado... Estos libros, la bibliografía psicoanalítica de este año, y nuestra lectura de ese tipo de bibliografía durante los últimos años, nos llevan a la conclusión de que la energía innovadora se ha extinguido en el movimiento psicoanalítico. Los principales progresos técnicos y

Para profundizar en este tipo de contenidos consulte la obra:
Marx, M.H. y Hillix (1987) *Sistemas y teorías Psicológicas Contemporáneas*. México. Paidós.

teóricos del futuro provendrán tal vez de otras orientaciones, aunque las contribuciones teóricas del pasado seguirán ejerciendo influencia (pág. 333).

Como es habitual en el caso de sistemas como el psicoanálisis, la confirmación empírica puede aplicarse a los enunciados limitados, confirmables, más que a la teoría misma. Sin embargo, como Skinner (Hall, 1967) dice: "No se puede esperar que un freudiano diga: Sí, admito que la única contribución de Freud fue haber demostrado algunas relaciones causales poco comunes entre las primeras experiencias y la conducta presente. El ama. . . las diversas geografías de la mente y todas las cosas por el estilo" (pág. 69).

Farrell (1951) proporcionó una lista de proposiciones que en ese momento parecían confirmadas: que los niños obtienen placer de la estimulación oral o genital, que la masturbación manual es más frecuente entre los varones preescolares que entre las niñas de la misma edad, y que el juego pregenital es muy frecuente entre los niños. Considera, en cambio, como no confirmadas otras proposiciones: que las niñas envidian el pene y querrían ser varones, y que todos los niños manifiestan atracción y apego sexual hacia el padre del sexo opuesto, y celos por el padre del mismo sexo. Una tercera clase de proposiciones estarían inverificadas o serían inverificables, como por ejemplo la hipótesis sobre el carácter sustituible de las zonas erógenas.

No importa que estemos o no de acuerdo con la clasificación que hace Farrell de estas pocas proposiciones; su procedimiento ilustra por lo menos la naturaleza necesariamente fragmentaria del proceso de confirmación. Es poco realista esperar una confirmación o rechazo cabales de la teoría al presente. Debemos aceptar con Farrell que "la teoría psicoanalítica, como teoría, es increíblemente mala". Aunque esto vale para la mayor parte de las teorías psicológicas, los analistas parecen preocuparse menos por este indeseable estado de cosas que la mayoría de los psicólogos académicos. Hemos dicho ya que las teorías no se descartan porque sean erróneas, sino porque son mejoradas o reemplazadas por otras superiores. Kuhn (1962) hace el mismo tipo de afirmación en su exposición de las revoluciones científicas. Walker (1957) dice que el psicoanálisis llena la necesidad de un modelo que "irá a cualquier parte, hará cualquier cosa y será bueno en su trato con la gente" (pág. 122). Horwitz (1963) dice, siguiendo estos mismos lineamientos, que está implícito en los sentimientos de los clínicos que "el psicoanálisis no es la mejor teoría de la conducta humana: es la *única*" (pág.

429).

Aun de ser así, y creemos que están empezando a aparecer razones para dudar, estamos dispuestos a sostener que ya es tiempo de hacer a un lado la tradición y dejar de preocuparse tanto por la teoría psicoanalítica, *incluso si no hay nada con que reemplazarla*.

Se cuenta la historia de una madre de muchos hijos, que abandonó a uno de ellos en el viscoso hoyo de barro en el que había caído. Todo su comentario fue que sería más fácil conseguir uno nuevo que limpiar ése. Quizás éste sea el caso con el psicoanálisis. Aunque Freud fue sin duda un genio y realizó contribuciones de enorme importancia, no dejó detrás de él nada que se parezca lo suficiente a una teoría como para que algún mortal pueda hacerla funcionar. Por tal razón, al parecer la teoría psicoanalítica no orienta ya las investigaciones psicológicas sobre la personalidad, que es lo que debería estar haciendo, de estar haciendo algo.

Debemos decir que algunos acontecimientos recientes indican un cambio en este cuadro sombrío. Silverman (1976) ha descrito dos proyectos de investigación que están proporcionando pruebas experimentales en apoyo de la doctrina psicoanalítica fundamental: que la psicopatología es un producto de tendencias libidinales y agresivas inconscientes. Uno de estos proyectos es un trabajo realizado por el propio Silverman en la Universidad de Nueva York. Implica la presentación de estímulos relacionados con el deseo o la agresión (por ejemplo, el enunciado "El caníbal se come a una persona"), y la evaluación de las conductas resultantes. Lo que es más importante, presenta también estímulos de control (por ejemplo, "La gente está caminando"). Una gran cantidad de experimentos, tanto en el laboratorio de Silverman como en otros, ha arrojado resultados constantemente positivos (con seguridad, más perturbaciones conductuales tras la presentación de los estímulos experimentales).

El segundo proyecto está dirigido por Reyher y tiene lugar en la Michigan State University. Mientras los sujetos están bajo la inducción hipnótica, se les narran historias que contienen estímulos para impulsos agresivos o sexuales socialmente inaceptables, y durante la sugestión posthipnótica se hace hincapié en palabras clave. Con posterioridad, se evalúan las perturbaciones conductuales como una función de la presentación de palabras-estímulo seleccionadas, algunas de las cuales (precisamente las palabras clave) están relacionadas con los impulsos. En tanto que otras, las señales de control, no lo están. En estos estudios constantemente se da cuenta de diferencias, confiables desde el punto de vista estadístico, que apoyan la proposición psicoanalítica. El éxito continuo en esfuerzos de este tipo nos forzaría a volver a valorar el lugar de la teoría psicoanalítica en la psicología.

Para profundizar en este tipo de contenidos consulte la obra:
Marx, M.H. y Hillix (1987) *Sistemas y teorías Psicológicas Contemporáneas*. México. Paidós.

Críticas a los resultados terapéuticos

Toulmin (1948) dice que "si una explicación analítica muy bien desarrollada no es parte de una cura satisfactoria, no la consideramos una explicación 'correcta'; el fracaso terapéutico es tan fatal para una explicación psicoanalítica, como lo es el fracaso predictivo para una explicación física" (pág. 29). Discrepamos con Toulmin en este punto. Aun cuando la explicación psicoanalítica sea correcta, el curso de la enfermedad puede ser irreversible, porque el analista no siempre tiene bajo su control las variables independientes cuya manipulación permitiría la curación. Sería lo mismo que desafiar al físico a modificar la órbita de Marte y negarse a aceptar su explicación del movimiento de los cuerpos en caso de que no sea capaz de modificarla. La falta de resultados terapéuticos favorables, por lo tanto, puede servir de base para criticar la practicidad o utilidad de la terapia, pero no puede ser en sí misma una crítica a la teoría. Sólo podría criticarse la teoría sobre la base de los resultados terapéuticos si pudiera demostrarse: a) que la teoría era aplicable al caso y se la aplicó perfectamente. y b) que el terapeuta pudo manipular todas las circunstancias a voluntad.

Falta de control

Esta crítica ha estado implícita en muchas de las demás. El control del que aquí hablamos no es el control que les faltaría a los físicos si quisieran modificar la órbita de Marte; es el control de las variables a fin de aislar los factores que intervienen en una observación dada. Es decir, en el lenguaje de la psicología experimental, el analista debe trabajar con demasiadas variables in-controladas. No se pueden aislar una por una las posibles influencias que actúan sobre un paciente, pero se debe intentar desentrañar las relaciones de la compleja matriz de la vida tal como la vivió el paciente. El analista no puede estar seguro de que las descripciones del pasado, o incluso del presente, son adecuadas, pertinentes o exactas. Resulta imposible retroceder y ver qué habría pasado si las cosas hubieran sido distintas; no se puede probar el efecto de alguna manipulación singular sobre la conducta futura del paciente, porque no hay modo de aislar a la gente de una multitud de otras influencias. ¡No es sorprendente que se haya calificado de incontrolada la situación!

Una respuesta común a esta crítica es que los analistas han aplicado la

validación clínica. Esto parece significar que las confirmaciones sucesivas de una predicción teórica, llevadas a cabo en una situación clínica, constituyen demostraciones aceptables de la exactitud de los principios en cuestión. Este argumento falla por su base. Sería necesario saber qué explicaciones alternativas son posibles. y eliminar esas alternativas por medio de adecuados cambios controlados de la situación. De otro modo, a pesar de una cantidad infinita de validaciones clínicas, es posible que los resultados coherentes con las predicciones teóricas obedezcan a artificios no reconocidos. En realidad, aun con los recaudos indicados es muy improbable que la validación clínica llegue alguna vez a ser muy sistemática y cuidadosa; es difícil imaginarse a un clínico encontrando la cantidad de casos suficientes como para repetir una y otra vez la prueba de alguna hipótesis clara y definida operacionalmente.

No es fácil sugerir mejoras en los métodos para probar las proposiciones psicoanalíticas. Evidentemente ello se debe al estado de la teoría. Un paso previo, que implica una cantidad inmensa de trabajo, e ingenio, es mejorar la definición de los términos y formalizar la teoría. Hasta ahora, los componentes mismos de la teoría no parecen haber sido objeto de la verificación necesaria para que el intento de verificar la teoría resulte provechoso. Es necesario, entonces, comenzar por definir operacionalmente los términos incluidos en las proposiciones aisladas. para que éstas puedan probarse experimentalmente. Mullahy (1948, págs. 316 y sigs.) ha mostrado en varios ejemplos la necesidad de aclarar y eliminar contradicciones. Ya hemos expresado nuestra opinión con respecto a que esto sería malgastar un esfuerzo. No obstante, es probable que muchos deseen hacer este esfuerzo. Para ellos, sugeriremos la dirección que la confirmación —o el intento de confirmación— de la teoría podría tomar.

La teoría psicoanalítica y su verificación comprenden varios niveles de observaciones de la conducta y sus correspondientes universos de discurso. La mayoría de las observaciones ortodoxas se refieren a materiales verbales. Las investigaciones en este nivel de observación se pueden mejorar mediante la utilización de mediciones más objetivas de la conducta verbal del sujeto, por ejemplo, con tests psicológicos de diversos tipos. Stephenson (1953) ideó una técnica, la clasificación Q, que es un término medio entre la situación analítica totalmente libre y un test de personalidad estrictamente objetivo, y demostró que puede utilizarse para someter a prueba proposiciones analíticas. Esta técnica tiene la ventaja de tratar en forma cuantitativa algunas dimensiones actitudinales relacionadas con la teoría psicoanalítica.

Un segundo nivel de investigación de las proposiciones psicoanalíticas es la conducta cotidiana. Los asistentes sociales pueden observar las características de la vida real del individuo y relacionar sus observaciones con lo que ocurre en

Para profundizar en este tipo de contenidos consulte la obra:
Marx, M.H. y Hillix (1987) *Sistemas y teorías Psicológicas Contemporáneos*. México. Paidós.

la terapia. Estos datos exceden lo que usualmente tiene a su disposición el analista. Ya hemos sugerido que también son necesarias las observaciones de conductas no relacionadas con la terapia; aunque Freud opinaba que la mejor manera de obtener información sobre el aparato psíquico era estudiar los casos en que funcionaba mal, necesitamos más información sobre los hechos genéticos en las vidas de la gente normal.

En un tercer nivel de investigación, se podrían mejorar muy bien los estudios dentro de la situación terapéutica sobre la base del control y el perfeccionamiento del enfoque. Horwitz (1963) brinda el siguiente informe sobre algunos de estos estudios más ingeniosos y esmerados:

La situación de tratamiento, durante largo tiempo objeto de estudios predictivos, se está convirtiendo en el *locus* de los estudios predictivos. Bellak y Smith (1956) han informado sobre un estudio cuidadosamente controlado de predicciones a corto plazo referidas a los progresos que se esperan en el tratamiento analítico de pacientes cuyas horas previas habían sido objeto de cuidadoso estudio por parte de un grupo de analistas-predictores que no eran quienes habían estado tratando a los pacientes. Wallerstein, Robbins y otros (1956, 1958, 1960) han iniciado un estudio de largo alcance, tanto del proceso como del resultado; el método principal de este estudio es la formulación de predicciones previas al comienzo del tratamiento. Un rasgo clave de esta investigación consiste en la formulación de la presunta base teórica de cada predicción en un esfuerzo por validar y extender la teoría psicoanalítica (pág. 431).

Un cuarto nivel en el que las proposiciones requieren estudios adicionales es el nivel plenamente experimental, en el que la abstracción científica y el control alcanzan su punto máximo. Aunque muchas personas de orientación analítica dudan de la posibilidad de someter a prueba las proposiciones por este camino, lo cierto es que nunca lo sabremos si no lo intentamos. Además, esas investigaciones tendrían valor propio, al margen de su relación con las proposiciones psicoanalíticas. Sería sorprendente que los resultados de cualquier investigación fueran perfectamente congruentes con las especulaciones originales que la motivaron. Si ésta fuese la norma general, la experimentación resultaría innecesaria.

Todavía es demasiado pronto para saber si la reciente investigación experimental que mencionamos antes (Silverman, 1976) refleja o no una tendencia a la doctrina psicoanalítica hacia la apreciación y utilización

generalizadas de pruebas controladas, y no los últimos estertores de la teoría freudiana. Pero si estos investigadores, y otros que los sigan en el laboratorio, continúan poniendo a prueba las ideas freudianas fundamentales, bajo condiciones debida-mente controladas —y encuentran un grado razonable de apoyo en ellas— puede ocurrir que el futuro de la teoría psicoanalítica no sea tan oscuro como nuestras estimaciones previas sugieren.

Dogmatismo y culto

Ya hemos tocado este punto en otros contextos; por ejemplo, hemos visto en qué sentido Freud era dogmático y en qué sentido no lo era. Vimos que "el comité" se componía de hombres a los que casi podría llamarse discípulos; Eitingon, por ejemplo, hacía siempre una peregrinación para ver a Freud en su cumpleaños. Hay otros indicios de culto. Sólo los analizados pueden analizar, como si fuera necesario iniciarse personalmente en una prueba de fuego para poder transmitir la palabra.

Estas características indican por qué el psicoanálisis, visto desde afuera, parece una religión casi tanto como una ciencia. Una vez más, este argumento no tiene relación lógica con el valor de la teoría, pero sí la tiene con la aceptación de la teoría por parte de los científicos, quienes opinan que la ciencia no es un culto. El acuerdo con un evangelio, o las evaluaciones subjetivas de las personas, no deberían tener nada que ver con la evaluación de las proposiciones científicas; al parecer, el psicoanálisis ha utilizado en algunas oportunidades aquellos criterios.

Una forma interesante de dogmatismo es la crítica de los psicoanalistas a quienes no aceptan el psicoanálisis. Del crítico que se niega a aceptar algún aspecto del psicoanálisis se dice que está manifestando una "resistencia al respecto. Podemos encontrar este dogmatismo en el mismo Freud. Cuando quiso mostrar por qué estaba equivocado Adler dijo (Freud, 1938): "Por lo tanto, utilizaré el análisis sólo para mostrar cómo entre los analistas pudo haber desviaciones del análisis" (pág. 964). Sin duda alguna, Adler analizó a su vez a Freud para mostrar por qué Freud se resistía a las nuevas teorías.

CONTRIBUCIONES DEL PSICOANÁLISIS

El psicoanálisis se encuentra en la paradójica situación de que a menudo se lo rechaza como sistema científico aun cuando se juzguen extraordinarias sus contribuciones a la ciencia. A Freud se lo suele considerar un pionero, un precientífico más que un científico; él mismo se consideraba un conquistador. No

Para profundizar en este tipo de contenidos consulte la obra:
Marx, M.H. y Hillix (1987) *Sistemas y teorías Psicológicas Contemporáneas*. México. Paidós.

importa cómo se le llame, hasta sus enemigos lo reconocen como un gran hombre, y quizás el genio más grande de la psicología. Hizo contribuciones en muchos campos. Veamos algunas de las que hizo en el campo de la psicología.

Estimuló el pensamiento y la observación en muchas áreas de la psicología hasta entonces descuidadas: la significación de los factores inconscientes en la determinación de la conducta, la importancia del sexo en la conducta normal y anormal, la importancia del conflicto, de la infancia, de lo irracional, de lo emocional. El personalmente hizo agudas observaciones a lo largo de una prolongada vida de trabajo cotidiano, y aportó hipótesis o hechos —todavía no podemos decir qué son— sobre muchas áreas de la conducta humana.

Explicó de una manera audaz muchos tipos de conducta a los que antes se consideraba fuera del reino de la explicación científica, por ejemplo, los errores y los sueños. El hecho de examinar seriamente esas áreas, y desarrollar esas explicaciones sería ya una contribución importante, al margen de la eventual corrección o incluso de la utilidad de las explicaciones. Freud abrió un campo de estudio que era virgen para todos los fines prácticos cuando él lo abordó.

Incluso en la técnica y la metodología, donde el psicoanálisis no satisface los criterios científicos tradicionales, Freud hizo aportaciones o reforzó las hechas por otros. Su desarrollo de la técnica de la asociación libre y el análisis de los sueños, para el estudio de los procesos inconscientes, se ha comparado con la invención del microscopio para estudiar los procesos celulares. Igual importancia tiene su insistencia en el estudio de los procesos inconscientes, que precedió y reforzó las afirmaciones conductistas y gualtistas de que los métodos tradicionales de la introspección eran totalmente inadecuados para desarrollar una ciencia completa del ser humano. Puede decirse que Freud enunció incidentalmente lo que sería la tesis central del conductismo. En este sentido, el psicoanálisis ha sido el punto de partida para un gran optimismo; ahora se considera la psicología como una disciplina que con toda seguridad se transformará en una ciencia plenamente desarrollada y creará todas las técnicas que sean necesarias. Sin Freud, esta convicción quizá no hubiera crecido tan rápidamente.

El psicoanálisis ha hecho muchas aportaciones al campo de la observación empírica. La bibliografía psicoanalítica ofrece, como ninguna otra fuente, estudios intensivos de casos individuales. Freud personalmente publicó sólo cuatro historias de sus propios pacientes, pero otros analistas

han publicado más, y presumiblemente en las proposiciones analíticas aparece la destilación de estas observaciones. C. S. Hall y Lindzey (1957) creen que el empleo de la congruencia interna, como método para verificar las hipótesis, fue una de las contribuciones más importantes que hizo Freud a la estrategia de la investigación. Tal como se la aplica en el psicoanálisis, la congruencia interna se refiere al cotejo y a la verificación cruzada de una hipótesis particular por medio de una amplia variedad de índices diferentes; se interpreta que la homogeneidad de resultados sustenta la hipótesis. Algo parecido ocurre cuando se evalúa un test de acuerdo con la correlación positiva entre los ítems separados. La congruencia interna sólo es importante como estrategia de investigación, cuando hay una gran cantidad de datos sobre un caso particular. Posibilita un tipo de confiabilidad que de otra manera no se puede obtener con facilidad.

Hay otra contribución que no se mide fácilmente en una escala científica. El psicoanálisis ayudó a popularizar la psicología y la psiquiatría. El hombre medio incluye en su repertorio términos psicoanalíticos y nociones de todas las escuelas, y la mayoría de la gente emplea algunos modos de pensamiento analítico respecto de la conducta de los otros, y quizás ocasionalmente respecto de la suya propia. El psicoanálisis ha revelado al público lego —mucho más que los otros sistemas— la importancia de la psicología. Puede ser que el reclutamiento de dinero y talento para la psicología sea ahora más fácil gracias a la contribución analítica.

El psicoanálisis presenta explicaciones de la conducta normal y neurótica en un lenguaje y en un nivel que la gente cree comprender. Para bien o para mal, se ocupa de situaciones prácticas, y lo hace de una manera excitante y desafiante. Su método y su teoría contrastan notablemente con el programa lento, cansador, minucioso que caracteriza a la mayor parte de la investigación científica y la construcción teórica. En ello reside su atractivo y su debilidad.

ANÁLISIS DIMENSIONALES DEL PSICOANÁLISIS

El lector deberá volver a consultar en el cuadro 3 las clasificaciones que los autores han asignado al psicoanálisis en las 18 dimensiones de Watson. No fue tarea fácil clasificar tres de ellas, como lo indican las grandes discrepancias entre observadores.

Para los autores, por lo menos el enfoque de Freud es claramente mecanicista. Como hemos visto, extendió el dominio del determinismo, y aparentemente apoyó el punto de vista de Brücke y los demás que hicieron el pacto antivitalista. Sin embargo, hemos de admitir que quería estudiar la psicología

Para profundizar en este tipo de contenidos consulte la obra:
Marx, M.H. y Hillix (1987) *Sistemas y teorías Psicológicas Contemporáneas*. México. Paidós.

como algo totalmente independiente de la fisiología, a pesar de sus antecedentes en neurología. Propuso también principios de funcionamiento físico que no guardaban una clara relación con los principios "mecánicos". Sin duda estos aspectos de su enfoque hacen que algunos lo consideren un tanto vitalista

La dimensión racionalismo-irracionalismo constituye una segunda fuente de disenso. Según Watson, su intención es que esta dimensión se refiera a la medida en que los factores emocionales y conativos se imponen al funcionamiento intelectual. Si adherimos a esta definición, no se puede dudar de que los puntos de vista freudianos eran irracionistas; de hecho, ése es el verdadero núcleo de su contribución. Sin embargo, algunos podrían argüir que la única contribución del psicoanálisis fue que hizo racional lo *aparentemente* irracional al señalar las reglas mediante las cuales funciona el aparato psíquico. En este sentido restringido, el psicoanálisis es racionalista, pero no es esto a lo que apuntaba Watson. Se debe recordar también que Freud puso todo el énfasis sobre la irracionalidad humana, un punto neurálgico para muchos de sus críticos.

Finalmente, los autores ven en Freud un verdadero prototipo del dinamismo. ,^N, menudo se lo describe como uno de los padres —o el padre— de la psicología dinámica. Hemos hallado, sin embargo, que algunos asignan al psicoanálisis una clasificación neutral en esta dimensión.

Las tres dimensiones al parecer más importantes para caracterizar el psicoanálisis son: el mentalismo inconsciente, el determinismo y el irracionalismo. Sin embargo, otras dimensiones, como el dinamismo, constituyen también elecciones razonables.

RESUMEN Y CONCLUSIONES

El psicoanálisis se ocupa de aspectos interesantes y misteriosos, pero prácticos e importantes, de la existencia del hombre. Sus adherentes se han unido en una especie de culto; aparentemente, pocas personas no analistas lo comprenden. Con todo, una porción considerable de su teoría y su práctica se ha filtrado de manera tal que sus términos enriquecen el vocabulario lego más que los términos de cualquier otro sistema psicológico.

El psicoanálisis es más un arte, una filosofía y una práctica, que una ciencia. La teoría es vaga y nebulosa, a veces hasta se autocontradice. La terapia no ha demostrado una efectividad mayor que otros tipos de terapia, y sólo recientemente se han acumulado pruebas suficientes como para demostrar que es mejor que ningún tratamiento en absoluto. Los datos y la

metodología que die-ron lugar a la teoría analítica son evidentemente inadecuados, desde el punto de vista de la ciencia natural tradicional. Con frecuencia los analistas han mostrado poco interés por mejorar las pruebas de la teoría. Sin embargo, la teoría analítica ha cambiado a menudo en respuesta a las nuevas observaciones en la terapia, y recientemente han aparecido las primeras pruebas experimentales de laboratorio de las ideas psicoanalíticas fundamentales.

Muchas de las variaciones modernas de la teoría freudiana han seguido a Adler en su acentuación de los factores culturales, restando en cambio importancia a los factores biológicos. Se dedicó una buena cantidad de esfuerzos analíticos a especificar mejor la naturaleza y génesis del funcionamiento del yo; esta área de estudio probablemente sea la mejor promesa de acercamiento a la psicología académica. Jung es un representante típico de quienes insisten en la unidad y el potencial creador del sí-mismo. El rechazo del instinto de muerte es común entre los analistas modernos, que muestran una perspectiva menos pesimista de la naturaleza humana. La teoría psicoanalítica ha sido una fuerza poderosa desde 1900, y algunas de sus ideas básicas están recibiendo desde entonces una aceptación cada vez más amplia. Entre estas ideas se encuentran el modelo del inconsciente y la importancia de la sexualidad. Existen todavía muchos institutos de capacitación para analistas en Estados Unidos. Sin embargo, no faltan quienes dicen que el psicoanálisis está muerto o agoniza. Sus defectos sistemáticos y científicos son muy conspicuos.

Para que el psicoanálisis siga siendo una fuerza viable y unitaria dentro de la psicología científica, deberá remediar pronto esos defectos, de lo contrario será desplazado, mediante una eficaz competencia, por las teorías y terapias que están surgiendo del estudio de la conducta dentro de la tradición académica. No obstante, hemos visto que incluso las terapias basadas en los principios conductistas registran variaciones del tema analítico, por lo que la desaparición de la escuela psicoanalítica no indicaría, de modo alguno, la desaparición de la influencia del psicoanálisis, incluso dentro de la psicología.

Por cierto no menospreciamos la contribución positiva del psicoanálisis. Abrió nuevas áreas de investigación, tales como el inconsciente y el sexo; dio ímpetu a la investigación motivacional; señaló la importancia de la infancia y de los factores genéticos en la determinación de la personalidad; proporcionó observaciones empíricas valiosas y exhaustivas, y determinó la naturaleza de los mecanismos de defensa. Todas estas contribuciones son a menudo objeto de agradecida aceptaciónⁿ por parte de psicólogos que, por lo de-más, no tienen una actitud nada amistosa hacia el psicoanálisis.

Para profundizar en este tipo de contenidos consulte la obra:
Marx, M.H. y Hillix (1987) *Sistemas y teorías Psicológicas Contemporáneas*. México. Paidós.